

S.S
SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

EL PULPO HUMANO

Novela negra donde cuatro delincuentes de distinta calaña se agrupan para iniciar una espiral de crimen y violencia que les va a llevar a la autodestrucción. De San Francisco a Dijon y de allí a Suiza, la cosmopolita y trepidante narración se sustenta en sólidos y ambiguos personajes.



Peter Debry

El pulpo humano

Bolsilibros: Servicio Secreto - 32

ePub r1.0

jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *El pulpo humano*
Peter Debry, 1951
Portada: (presumiblemente) de Provensal
Ilustraciones: Macabich

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





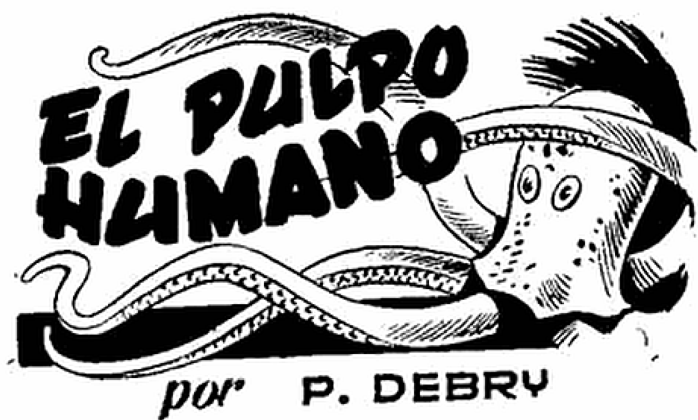
PETER DEBRY

EL PULPO HUMANO

1ª. EDICIÓN
MARZO - 1951

EDITORIAL BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453
BARCELONA (6)


EL PULPO HUMANO
por P. DEBRY

CAPÍTULO PRIMERO

CUATRO CEREBROS

La noche era bochornosa, y ni el más leve soplo de aire movía las hojas de las ricas variedades de la flora expuestas como en un escaparate en aquel ático de la ciudad de San Francisco.

En las salas, los ventiladores procuraban renovar el aire viciado por las respiraciones y los cigarrillos de los que se apiñaban alrededor de las mesas de juego.

Burt Forbes, el *croupier* a cuyo cargo estaba la ruleta grande, se pasó por la frente su pañuelo de seda, contemplando los giros de la rueda y los saltitos de la caprichosa bolita.

Hizo una señal a su relevo, y salió a la terraza, porque acababa de ver al dueño del «Club Merriman» abandonar una de las mesas de *poker*.

Malcolm Blending, dueño del club, encendía un cigarrillo mentolado, cuando Burt Forbes se le acercó.

—Hola, patrón. Quisiera hablar, contigo unos minutos.

—Lo podríamos dejar para otra ocasión, Burt. La noche está tormentosa, y me parece que por la expresión que traes, no estás de humor.

—Mejor es hablar claro, patrón.

—Si tanta prisa te corre, iremos a mi despacho. Tengo sed.

Ambos se dirigieron hacia los ventanales refrigerados con surtidores, y, atravesando la puerta, penetraron en el cómodo despacho, donde Malcolm Blending abrió una licorera, y, asiendo una garrafita de pesado cristal tallado, se escanció un licor ambarino.

Bebió lentamente, y, por fin invitó:

—Tú dirás, Burt.

—Yo siempre he jugado limpio contigo, patrón.

—Por eso llevas cuatro años en mi club.

—Procedo de buena familia.

—Por eso atraes a mi club gente de la alta sociedad, cuya cartera nos enriquece. Y por cada conocido o conocida de tus relaciones que me traes, te doy el veinte por ciento. A propósito: hoy tengo que liquidarte los beneficios que te pertenecen de esta semana…

—No demos más rodeos, patrón… Jessica me quiere…

Los ojos de Malcolm Blending se estrecharon al entornar los párpados. Acarició la garrafita y se sirvió otra copita.

—¿Por qué le has ordenado a Jessica que no tenga tratos conmigo?

—No te gustará oírlo, Burt; pero, puesto que lo deseas, allá va. Tú eres un buen *croupier*. Nada más que eso: un buen *croupier*.

—¿Poca cosa para aspirar a ser el cuñado de un patrón de garito elegante?

—Mi hermana Jessica es una niña, muy impresionable, y ha sucumbido al atractivo físico que emanas. Tengo que recordarte que muchas de las damas que aquí vienen invitadas por ti, te han regalado pitilleras, corbatas y hasta anillos y relojes. ¡Uf, qué calor!

—Jessica me quiere. Nos queremos y pretendo casarme con ella.

—Jessica es menor y está bajo mi tutela. He decidido enviarla a Europa. Tú eres un cerebro, Burt. Continúa con tu labor, y olvida a mi hermanita. Y un buen consejo. Agradéceme que no te haya zurrado por olvidarte de que Jessica es una mujercita fina y delicada, muy por encima de tus bajos cálculos de *gigolo*…

El siempre impecable Burt Forbes acababa de desabrocharse el cuello, arrugado por el sudor. Al oír las últimas palabras de Malcolm Blending le pareció que la tormenta que no descargaba, iluminaba con un fugaz resplandor el despacho, y aquel chispazo le hizo engarfiar la mano alrededor de la garrafita.

Su cerebro calculador y siempre lúcido, se espesó como si las nubes obesas y bajas que cubrían el cielo penetrasen en su cráneo.

Despreciativamente, le volvía la espalda el dueño del «Merriman». Burt Forbes tardó en comprender lo que había sucedido en unos segundos. Vio entre sus dedos el gollete de la

garrafita, rota contra la cabeza de Malcolm Blending.

El licor pegajoso untaba sus manos, mezclándose a otro líquido también pegajoso y rojizo…

Seguía la tormenta nublando su cerebro, cuando le colocaron las esposas, y empujándole lo sacaron del despacho, donde, en la mullida alfombra, de bruces, Malcolm Blending yacía muerto.

* * *

—Será cruel lo que tengo que decirle, Winters, pero nosotros nos debemos a las exigencias del público.

El gran actor Ronald Winters se preciaba de cáustico. Citó:

—Puesto que el vulgo paga, al vulgo hay que dar gusto.

—Usted sigue siendo el gran actor de siempre, Winters, pero la gente, hoy, más que al mérito, atiende a la prestancia juvenil. Los críticos empiezan ya a satirizar mi teatro, diciendo que persistimos en crear un Romeo asmático, para quien sería imposible subir al balcón de Julieta sin ascensor.

—No tengo asma.

—Pero hemos envejecido, Winters.

—Cuarenta y cuatro años.

—En fin, Winters, no lo tome a mal, pero tengo que renovar la compañía, y para esto he convocado a Herbert.

—Un mozo que declama como si vendiera pescado.

—Pero tiene veintisiete años y firma muchos autógrafos. Créame que me duele Winters.

—No le duela. Otros empresarios habrá que me pagarán igual, o más, que usted.

—Por la amistad que nos ha unido siempre, Winters, desearía que usted no me abandonara hasta que…

—Comprendo. Hasta que el joven Herbert se familiarice con el repertorio y pase a substituirme. De acuerdo.

Dos noches después, los espectadores se estremecían ante el verismo con el cual el famoso actor Ronald Winters desempeñaba en el escenario su papel de rival en amores con el joven actor Herbert.

El argumento exigía que, al finalizar el segundo acto, los dos principales protagonistas, Winters y Herbert, iniciaran una lucha, en

la que, por un instante, era dominado el más joven.

El público admiró una vez más las portentosas facultadas artísticas de Ronald Winters, cuyas dos manos asían la garganta de Herbert, el cual también demostraba ser buen actor, por cuanto se debatía como si realmente estuviera asfixiándose.

Cayó rápidamente el telón Y poco después salía al proscenio una actriz, para decir con voz temblorosa:

—Por indisposición repentina del actor Herbert, la empresa se ve obligada a suspender la representación, rogando al distinguido público se sirva perdonarnos.

Un médico forense cerró su maletín en el camerino, después de auscultar al joven actor Herbert. Dijo, fríamente:

—Muerto por estrangulación. Debo dar parte. Buenas noches.

* * *

En la casa de campo, de las afueras de la ciudad, un hombre se reclinaba en el marco de la ventana, tratando de refrescarse. Pero del jardín y huerto sólo ascendía todo el bochorno de la noche calurosa.

No había más luz que la tenue que a sus espaldas sonrosaba el aparato de radio.

El hombre cerró los ojos porque quería saborear la música. Los abrió repentinamente sobresaltado, cuando le tocaron en el hombro.

Se giró rápidamente, y, al reconocer al visitante, respiró aliviado.

—¡Diantre, Kirk! Me diste un susto… ¿Por dónde entraste?

—Por la puerta. No olvides que tengo llavín.

—¡Vaya, hombre! Hace tiempo que no nos veíamos. ¿No estabas siguiéndole la pista a David Cohen?

—La abandoné. El F. B. I. me dio otra misión.

—Vaya, hombre, vaya… —dijo el otro, con falsa cordialidad—. ¿Y qué me cuentas de nuevo?

Kirk Sanders, agente del F. B. I.

, giró el botón y apagó la radio.

—He venido a felicitarte.

—Cumplí con mi deber, Kirk.

—En el

F. B. I.

, tú y yo somos considerados los mejores agentes de la Móvil. Pero debo reconocer que esta vez me ganaste.

—Les dije que pudo tratarse de un error tuyo. Somos humanos, y no infalibles, Kirk.

—Explícame cómo lograste enterarte.

—Me llamaron para encargarme del caso que tú acababas de dar por terminado. Me serví de tus informes escritos, pero me pareció que habías olvidado un punto importante.

—¿Sí? ¿Cuál?

—La banda de falsificadores contaba con un elemento que seguía libre. Tú lograste apresar a todos… menos a una persona.

—¿A quién?

—Escucha, Kirk. Yo tuve que decirlo. Era mi obligación. Lo siento mucho, pero era mi deber. ¿Te han expulsado?

—Eso, no importa. Un hombre como yo puede servir para toda clase de trabajos. Dime cómo averiguaste el punto que yo había olvidado, al parecer.

—Era muy bonita, y comprendo que preferiste no entregarla, y darle el medio de escapar al Canadá.

—¿Cómo te enteraste?

—Fui al bar donde solías comer. Y allí me dijeron que te reunías con una chica, cuya descripción era exactamente la de la mujer que yo averigüé servía a los falsificadores para colocar los billetes.

—Eres todo un cerebro. Pero ¿cómo diste con su pista?

—Tardé dos meses.

Hizo una pausa el otro agente, y, molesto, invitó:

—¿Una copa, Kirk? La noche está de miedo.

—Tengo la garganta muy seca. ¿Cómo la detuviste?

—Ya sabes que… no la detuve. Cuando me vio… fue una cosa estúpida. Total, hubieran sido diez años de cárcel.

—Pero ¿qué hizo ella?

—¿No te lo han dicho en el

F. B. I.

?

—No —mintió Kirk Sanders.

—Pues…, al ver que no podía huir, se… despeñó con el coche.

—Quien mal anda, mal acaba. ¿Y no averiguaste nada más?

—Allí terminó mi misión, Kirk.

—Entonces, tendré que explicártelo. De acuerdo en que la ayudé a escapar. Para el
F. B. I.
soy un traidor, pero lo que ni ellos ni tú sabíais es que, antes de hacerle cruzar la frontera, me casé con ella.

—¡Diantres, Kirk! ¡No sabes cuánto lo lamento!

—¡Tú, qué vas a lamentar! No eres más que un perro de presa.

—Soy como eras, un agente federal, y si mi propio hermano fuera un delincuente, lo detendría.

—Me enamoré de ella, y pensé que, cuando obtuviese licencia, presentaría mi renuncia y marcharía al Canadá. No podía hacerlo antes, sin despertar sospechas. Pero tu cerebro venció al mío. Yo estaba seguro de que nadie descubriría más de lo que yo descubrí y dejé escrito. Has ganado. Te han ascendido a inspector.

—Cuidado, Kirk… ¿No oyes el motor de un coche acercándose? Te habrán seguido, porque te vigilan.

Kirk Sanders desde un principio tenía la diestra hundida en el bolsillo de su americana blanca.

En el cielo, un chispazo eléctrico surcó la negrura. Kirk Sanders pareció sacudirse como si el relámpago le hubiera sobresaltado.

En el bolsillo de su americana, el dril agujereado se cercó de negro, ardiendo al paso de la pólvora.

Las siete balas acribillaron al otro agente, mientras la casa de campo era rodeada por los agentes del
F. B. I.

Kirk Sanders no ofreció resistencia.

* * *

En mangas de camisa. Dave Cohen apretujaba, con vigor la perilla del vaporizador cuya boquilla dirigía contra su rostro y cuello, cerrados los ojos.

Eran las dos de la madrugada. El criado chino que atendía el

piso de Dave Cohen entró llevando la última edición de la noche.

—Prepárame un baño, Cornudo. Mete dos barras de hielo.

—Ya mismito, jefe, ya mismito.

—Deja la puerta abierta, porqué estoy esperando visita.

—Al instante, jefe, al instante.

Desdobló Cohen el periódico y leyó los titulares. Como siempre, pasaba por alto todas las noticias referentes a política, interesándose solamente en los reportajes, de crímenes y delitos.

«EL DANDY-TAHUR, BURT FORBES, LIQUIDA A SU PATRON POR RENCILLAS EN EL REPARTO DE BENEFICIOS».

—¡Imbécil! —dijo Dave Cohen, al terminar la lectura—. Ahora irá a la silla de los calambres, y todo por un mal minuto. Eso es lo que les pasa a los que no son como yo, que desde crío he aprendido a dominar mis impulsos. Le llorarán muchas damiselas a Burt Forbes, y, sobre todo, muchas damas de las otoñales.

—¿Manda, jefe, manda? —preguntó el criado chino, entrando.

—No hablaba contigo, Confucio. ¿Está el agua helada?

—Mucho, jefe, mucho.

Pasó Dave Cohen al cuarto de baño, lleno de estantes con todas las lociones caras del marcado, jabones, sales, colonias, extractos y masajes faciales.

Entró Cohen en la bañera a ras de suelo, dejando fuera los antebrazos, y siguió leyendo, después de un suspiro de satisfacción:

«EL FAMOSO WINTERS, LUMBRERA DECLINANTE DE NUESTRO TEATRO, ESTRANGULA EN ESCENA A UN JOVEN ACTOR, SU RIVAL Y FUTURO SUPLENTE».

A la señal de Cohen, el criado chino empezó a enjabonarle la espalda con un largo cepillo. Cuando hubo terminado la lectura de «Sucesos», Dave Cohen, se tendió sobre una mesa, y el chino procedió a darle masaje con distintas colonias.

Vistióse Cohen un batín de seda y unas babuchas, y, tendiendo el oído, le señaló al chino las habitaciones posteriores, mientras él se encaminaba al salón.

Había un hombre alto, encorvado, con gafas y expresión astuta, que estaba examinando los volúmenes de la pequeña biblioteca. Se volvió sonriente, semejando un zorro.

—Encontré la puerta abierta, Dave. Tus lecturas son graciosas: Julio Verne, Salgari, Sabatini, Stevenson y todos los creadores de aventuras de épocas pasadas. ¿No tienes bastante con las que vives?

—No te he llamado para discutir temas de psicología, abogado. ¿Quieres una copa?

—Bueno. ¡Vaya noche! ¿Eh, Dave?

—Cargada de electricidad, abogado. Sírvete lo que prefieras. Hace cinco años que me guardas las espaldas para evitar que las ponga contra el respaldo de la silla de acusados. Eres listo, casi tanto como yo, y te he pagado siempre bien, ¿no?

—No tengo queja, Dave. ¿A qué viene todo eso y tu misteriosa cita?

—Sabes que nunca he usado pistola, cargada. La he llevado siempre vacía, para, en caso de que me cogieran con las manos en la masa, que no me metieran condena fuerte.

—Lo sé. ¿A qué viene todo eso?

—Te repites como Confucio, abogado. Y eso que eres un tipo de los elocuentes. Escucha, abogado… Yo soy un tío claro. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Cuarenta y siete.

—Si quieres cumplir cuarenta y ocho, juega limpio conmigo, abogado.

—No te comprendo, Dave.

—Hay una chica que está loca por mis huesos. Me ha advertido que hay un soplón que por venganza, ya que le eché de mi *gang*, piensa irle con el cuento a la policía. Pero nada podrá sin tu ayuda. Es decir, nada podrá si tú no le facilitas la prueba.

—¡Parece mentira, Dave! Después de cinco años de servirte fielmente, ahora me vienes con sospechas.

—Yo no sospecho, sino que juego siempre al paño que toca. Mi chica le está sonsacando al soplón, y, al parecer, éste tiene guardados diez billetes de los grandes para dártelos si colaboras con él en la delación que me podría costar diez años de «chirona».

—¡Parece mentira, Dave!…

—Y puede ser verdad. Mira, abogado, te he llamado a esta hora,

precisamente a esta hora, porque estoy esperando una llamada de mi chica, que le habrá sonsacado la verdad al bicho rastrero. Tú estás aquí para eso, para quedar limpio o lleno de porquería. De lo que me diga la chica, depende que salgas por tus pies o con los pies por delante de aquí dentro.

El abogado forzó una risa que sonó a falsa. Se pasó el pañuelo por la sudorosa frente y después por entre el cuello de la camisa, y dijo, con aparente jovialidad:

—Sudo por el calor que hace, Dave.

Tres habitaciones más allá, el criado chino consulto su reloj. Era ya la hora para realizar la extraña orden de su amo. Descolgó el teléfono y marcó unas cifras, comunicando con el aparato que estaba sobre la mesita, al lado de donde se sentaba Dave Cohen.

Dave Cohen, con exagerada lentitud, descolgó, aplicándose el auricular al oído, fijos los ojos en su abogado.

—¿Quién? Aquí, Dave.

El criado chino, cumpliendo las instrucciones recibidas, se había colocado un pañuelo ante, los labios, y hablaba agudamente:

—Soy yo, jefe.

—Hola, hola, preciosa. Me tienes sobre ascuas. Aquí está precisamente mi gran amigo el leguleyo. Habla pronto, para que deje de sudar como un pollo.

El criado chino se limitó a bisbisear frases sin sentido, mientras, al oírle, Dave Cohen, como si estuviera escuchando algo molesto, iba frunciendo las cejas, y después mordiéndose los labios, como si tratase de reprimir un furor creciente.

El abogado avanzó una mano.

—¡Dave! No prestarás crédito a las calumnias, que…

—¡Calla! Sigue, preciosa.

El abogado no pudo resistir más. Miró en rededor como un animal acorralado, y, al ver como Dave Cohen, colgando, introducía su diestra en el abultado bolsillo del batín, fue retrocediendo lentamente, y de pronto, dando un salto de costado, sacó una automática, con la que encañonó al pistolero.

—No muevas una mano, Dave o te frío a tiros.

—¡Cochino traidor! ¿Conque te ibas a ganar diez mil vendiéndome, Judas? Eras un mísero picapleitos de poca monta, y cenabas con un café con leché, cuando te asalarié, dándote por

semana lo que, de no ser por mí, no hubieras ganado ni en veinte años cochinos.

Levantóse Dave Cohen, avanzando hacia el abogado que, pistola en mano, retrocedía hacia la puerta abierta.

—¡Quieto, Dave, o te acribillo!

—Esta pistola que guardas en tu biblioteca, la hice descargar por la chica que vive contigo. Ella es la que me insinuó la posibilidad de que tú me jugases una mala pasada. Y quien me ha telefoneado es mi propio criado chino. ¿Pensabas engañarme a mí, mísera sanguijuela? Anda, dispara, leguleyo, aprieta el gatillo… ¡Venga!

Frenéticamente, cuando el pistolero distaba de él tan sólo dos pasos, el abogado apretó repetidamente el gatillo. Sólo se oyó un «clic» metálico, ridículo.

Los puños de Dave Cohen pegaron un doble golpe, matemático, al mentón puntiagudo, al estómago primeramente, y después, con fría precisión, a la sien y a la carótida.

Se desplomó el abogado, y Dave Cohen, silbó, mientras, agachándose, cargaba sobre su hombro el desmadejado cuerpo. Apareció el criado chino.

—Aquí tienes al hombre que te pegó con un látigo, cuando te sorprendió haciéndole el amor a su chica. ¿Sabes lo que voy a hacer con él, Confucio?

—Matarlo, jefe, matarlo antes que pueda perjudicarte.

—Eso es; más vale prevenir que curar. Pero hay que hacer las cosas con pupila.

Estaban ya en el cuarto de baño. Dave Cohen dejó caer al inanimado abogado en la bañera llena de agua jabonosa. Quedó invisible bajo el agua.

Dave Cohen miró su reloj de pulsera. Le dijo, al criado:

—Cuando hayan pasado diez minutos, sácalo del agua. Voy a vestirme, mientras.

Dave Cohen se vistió, y después, a los cinco minutos, recogió del suelo la pistola del abogado. La cogió con un pañuelo, e introdujo con la mano enguantada seis balas. Eran de la cajita de municiones del ahogado.

Llegó al cuarto de baño, donde inclinado, el criado chino miraba, con sádica satisfacción la bañera.

—Bien. Un crimen, perfecto, Confucio. Sólo tú podrías

delatarme.

Apretó tres veces el gatillo, y la pistola, provista de silenciador, emitió tres silbidos, que repercutieron en el cuello, pecho y vientre del criado chino.

El oriental, con infinito asombro, dilatados los ojos, fue cayendo lentamente, como si se arrodillará.

Dave Cohen, murmuró:

—Lo siento, Confucio; pero primero yo, después yo, y siempre yo.

Colocó la pistola junto a la bañera. Salió de su piso, por la escalerilla de incendios, y en su coche paseó media hora.

Cuando, de regreso, iba a penetrar en el ascensor, se quedó inmóvil al sentir contra su espalda un punto duro.

—Alza las manos, Cohen —ordenó el teniente detective—. Esta vez ya has caído.

El otro detective aplicó rápidamente en la muñeca levantada del pistolero el aro de las esposas.

Dave Cohen sonrió.

—¿De qué se me acusa, muchachos?

—Uno de los que te ayudaron en el atraco al «Sunset Bank» acaba de chivarse.

—Calumnias —replicó Cohen, serenamente, mientras le empujaban hacia el exterior, donde aguardaban otros dos detectives.

—Tiene la declaración escrita y firmada por tú abogado, Cohen. Y a propósito ¿no sabes lo que ha ocurrido mientras estabas fuera?

—¿Qué?

—Tu chino, el que una vez se peleó con el abogado se lo ha cargado.

—¡No me diga!… —sonrió, con zumba, el pistolero—. ¿Confucio? Conque fue a buscarlo a lo macho, ¿no?

—En tu piso. Ha quedado claro. El chino le pegó, pero antes de caer en la bañera donde se ha ahogado, el otro le pegó tres tiros.

Encogiéndose de hombros, Dave Cohen sentenció:

—Siempre sostuve que es mala cosa dejarse llevar del impulso, y emplear pistola cargada. Bueno, pasaré una temporada a la sombra.

Capítulo II

Los Cuatro Del Alcatraz

La prensa los calificó, respectivamente: «Dos intelectuales y dos tunantes que se pasaron de rosca».

Los guardianes les demostraron cierta consideración, porque el delito que a tres de ellos les iba a costar el extinguir larga condena en el presidio de Alcatraz tenía la justificación de «arrebato pasional», que fue el argumento básico de la tesis defensiva, para evitarles la silla eléctrica.

En cuanto al cuarto, le miraron con benevolencia, porque, como dijo un reportero, «Dave Cohen era incapaz de matar, si bien era un granuja atracador listísimo».

Debido a que los tres primeros cometieron su delito en fecha coincidente con las vacaciones de los Tribunales de lo Criminal, y Dave Cohen fue delatado, en este lapso de reposo, los cuatro fueron juzgadas en la semana de reapertura.

Ingresaron juntos en el presidio de Alcatraz, pasando a ocupar una misma celda. Hicieron el viaje en el mismo coche celular, del cual pasaron a la lancha motora que les condujo a la isla, frente a la espléndida urbe de San Francisco.

Llegaron a la celda, después de los trámites rutinarios, y ya vistiendo la ropa gris con un número cosido en la tela de la guerrera y en el gorrillo, cesó entre ellos la tensión molesta que había alentado desde el momento en que se unieron para subir al coche celular, hasta el instante en que penetraron en la celda, iguales en apariencia dentro de la tosca y holgada ropa gris.

El primero en hablar, apenas se alejó el celador que había

corrido la llave a la cancela, fue Burt Forbes. Lo hizo con tono que pretendió irónico, pero sonó lastimero:

—Bienvenidos seamos a nuestro nuevo hogar. Creo me pertenece presentarme por ser el más joven. Me llame Burt Forbes, tengo veinticuatro años atrás y veinte por delante a cumplir aquí dentro. Según nos ha dicho el alcaide, gozamos del privilegio de no pasar el período de veintiún días de incomunicación solitaria, sin fumar ni hablar con nadie, que es la acogida con la que se recibe en esta clase de establecimientos a los recién ingresados, con el objeto de ponerles a prueba el paciente carácter. Por lo tanto, señores, creo también oportuno explicarles el motivo por el cual gozo de su compañía.

—¡Oh, cállese! —rezongó Kirk Sanders, que se había ya tendido en la litera después de comprobar que la plaquita cosida con un número en el lado izquierdo de su guerrera correspondía a la que estaba grabada en el hierro de la litera.

—¿Por qué ha de callarse? —intervino Dave Cohen, sentado en el borde de su litera—. Están ustedes tres: algo así como avergonzados. Distender los ánimos es conveniente. Siga hablando, Forbes.

—Un momento —atajó el que hasta entonces había permanecido callado. Su voz era bien timbrada y modulaba con excelente dicción de hombre de teatro—: Si cada uno explica su propio delito, según su propio punto de vista, incurrirá en inconscientes adornos. Propongo, pues, que los de las literas emparejadas en este camarote expliquen cada uno el caso del otro…, según se desprende de la lectura de la prensa, que pudimos leer en las celdas de comisaría Empezaré yo.

Ronald Winters se levantó para pasear los cuatro metros de largo y los dos de ancho entré las cuatro literas, superpuestas a cada lado en pareja.

—El Benjamín de esta reunión selecta es Burt Forbes, rubio platino, cándidos ojazos azules, *croupier* del «Club Merriman», acusado de haber dado muerte al patrón del club, en discusión surgida por cuestión de intereses, tanto más lamentable, cuanto que el patrón del garito elegante era hermano de la mujer que Burt Forbes deseaba honradamente. La defensa alegó arrebato pasional, pretextando que el patrón explotaba los conocimientos sociales de

Burt Forbes, que atraía al club jugadores de la alta sociedad, en especial damas, a base de percibir un veinte por ciento, que él patrón, en aquella noche bochornosa, se negó a liquidar. Burt Forbes no había premeditado el… delito, por cuanto asió lo primero que le vino a mano: una garrafita de licor. El fiscal se hizo fuerte en la tesis de que San Francisco no era ya la ciudad de mediados del siglo pasado, y que el juego era una de las peores lacras y plagas sociales. Presentó al joven Forbes como un agraciado mancebo, disfrutando de enorme aceptación entre las damas, muchas de ellas víctimas del tapete verde, tras haber sido acariciadas y fascinadas por la azul mirada del joven Forbes.

Hizo una pausa el actor, prosiguiendo, con su esmerada entonación:

—En el jurado había dos damas, respectivamente de cincuenta y tres y cuarenta y ocho años. Tal vez el factor edad intervino, despertando en ellas sentimientos maternales. El caso es que Burt Forbes no se sentó en la eléctrica, siendo sentenciado a veinte años. A usted le toca ahora, Burt Forbes.

El *croupier* y *gigolo* saltó de su litera, mientras el que acababa de resumir su caso se acomodaba en la suya.

Burt Forbes pestañeó unos instantes antes de declarar:

—No podré igualar el estilo declamatorio y acentuado adecuadamente de nuestro compañero Ronald Winters, el aplaudido actor que lleva veinte años desempeñando papeles de galán joven. Pero he leído, no sé dónde, que los hombres de verdad tratan, de ser tanto más irónicos cuanto más desesperados están. Tenemos el privilegio de compartir la presencia de Ronald Winters, el cual es sinceramente, en mi opinión, nuestro mejor actor. Una de mis novias fortuitas, que era incapaz de darle un hueso a un perro hambriento y moribundo, lloraba a lágrima viva cada vez que veía a Winters interpretar su papel de Romeo. ¿Qué edad le puedo declarar, Winters?

—La prensa dijo treinta y seis años. Debuté a los catorce. Mi físico puede dar fe.

—Demos fe. Ronald Winters cometió un delito extraño. Mimado del gran público, percibiendo cien dólares por actuación, soltero, en magnífica salud, estranguló en escena a un actor. Fue una escena demasiado a lo vivo, y…

—¡Basta ya! —estalló Kirk Sanders—. ¿Se creen ustedes graciosos? ¿Piensan acaso que adoptar esta actitud cínica les hace ser superhombres? ¡Cállense ya! Somos unos presidiarios marcados con un número…, ¡y esto es todo!

El actor Winters se encogió de hombros. Burt Forbes sonrió desagradablemente, a la vez que decía:

—Siempre pensé, y ahora lo compruebo con exactitud, que los agentes de policía carecían del más elemental sentido del humor. No, crispe así los puños, agente Kirk Sanders. Todos estamos excitados y con los nervios a punto de estallar. No hemos elegido el estar juntos, pero tenemos mucho tiempo por delante para irnos acostumbrando a la idea de congeniar o conllevarnos mutuamente. Es preferible soportarnos, y ¿para qué andar con disimulos o permanecer mudos?

—¡Háganlo de otro modo! ¡Como hombres que lamentan lo sucedido y no vanagloriándose de ello!

—Lo siento; pero si de nuevo tuviera, que hacerlo, lo haría —dijo Burt Forbes—. Tal vez usted no pueda decir lo mismo, agente Sanders.

Kirk Sanders saltó de su litera, puños en ristre, pero el que ocupaba la de abajo se interpuso tendiendo el brazo:

—No sea niño, Sanders. No se deje llevar por el primer impulso. ¿Vamos a pelear como vulgares presidiarios camorristas? Usted oiga un aviso, Forbes. Aquí nadie es juez de nadie, ¿estamos? Con que modere su juvenil majadería y procuremos hablar como lo que somos: cuatro hombres considerados poseedores de cerebro, porque cada uno de nosotros trabajaba en empleos que precisaban de inteligencia: Usted, Forbes, desplumaba y enamoraba a incautas; usted, Winters, hacía llorar a las que ni darían limosna a una anciana moribunda; usted, Sanders, cazó a espías astutos…, y yo, Dave Cohen… Le cedo la palabra, Sanders, y que conste que no le tengo rencor.

Kirk Sanders miró por un instante con recelo a Dave Cohen, espigado y de rostro vivó e irregular, y por fin murmuró:

—Bien… Reconozco que me he dejado llevar por los nervios. Tiene razón. Cohen, al invitarme a no desentonar.

—Le he invitado a definirme.

—Ya que insiste…, puedo afirmar que si hay un granuja listo,

merecedor de su apodo de «El último *gángster*», éste es Dave Cohen.

—Si fuera tan listo no estaría aquí —dijo Forbes.

—Resbalar una vez es cosa de hombres que andan, amiguito. Yo resbalé porque no maté a tiempo a mi hombre de confianza. No es bestial lo que digo, agente Sanders, por cuanto mi hombre de confianza era un completo cochino.

—¿Era…? Es —corrigió Forbes.

—Dije «era», y sé lo que me digo, amiguito. Hice yo muchos favores, y a estas horas ya habrá quien haya liquidado al que me delató.

—Lo que no comprendo, Cohen, es cómo…, en fin, cómo le condenaron tan sólo a perpetua —dijo Kirk Sanders.

—La única prueba que pudieron demostrarme fue la de mi participación en el asalto al «Sunset Bank», en el que murió uno de los cajeros, que intentó hacer funcionar la alarma. La bala que lo mató pudo haberla disparado cualquiera de las cuatro pistolas que allí asomaron para imponer respeto.

—¿No era la suya?

—Hasta los niños de la escuela saben que yo, Dave Cohen, nunca cargué con bala mi pistola. Me bastaba con enseñarla. Pudieron demostrar que tomé parte en el asalto. A otro le hubiera costado diez años. A mí, perpetua, por el aquello de «ya que estás en la red, te apretamos las mallas». Y si no hubiera sido por el chivato…

—Que en paz descanse —rió Forbes.

—Eso es; si no hubiera sido por él, yo no estaría aquí. ¿Qué le pasa, Sanders?

—Estoy pensando en la doble muerte de su criado chino y del tramposo abogado.

—¿Qué le parece, eh?

—Que fueron dos muertes muy oportunas para usted.

—¿Por qué?

—Ambos apretados en el interrogatorio, hubieran podido decir muchas cosas aparte del atraco al «Sunset».

—Ah… Estos policías siempre pensando mal. No es necesario matar para vivir Sanders. Además, bien se demostró que yo no tuve parte ni arte en este doble y mutuo asesinato.

—Quizá que sí, pero fue una suerte para usted.

—Siempre he tenido suerte.

—Y aquí está para demostrarlo —ironizó Forbes.

Dave Cohen miró con leve estrabismo al guapo fullero. Dijo con desdén:

—Después hablaremos, que ahora charlo con Sanders. Yo a usted no le tengo rencor, Sanders, pese a que estuvo dos meses «filándome» disimuladamente y siguiéndome los pasos.

—Recibí la orden, porque le creyeron complicado en un asunto terrorista.

—Todos teníamos que ganarnos la vida, Sanders. Ya vamos entrando en calor… Oye, Forbes… Alguna vez me tomé una copa en tu garito elegante y te vi manejar los naipes. No eres quién para juzgar al ex agente Kirk Sanders, agente federal, experto en cazar hombres. ¿Estamos, amiguito Forbes?

Burt Forbes mostró las rejas y las tres paredes, replicando.

—En lo que estamos es convertidos en presidiarios de Alcatraz, y del mismo modo que reconozco ahora que ninguno de nosotros está capacitado para juzgar a otro, tampoco ninguno de nosotros puede ni tiene capacidad para sentirse con ínfulas de jefe.

—¿No? Ven acá, amiguito… Sí, hombre, te hablo a ti, jovenzuelo descarado e irrespetuoso. Acércate. ¿Tienes miedo?

—¿Yo, miedo? —Trató de sonreír Burt Forbes, adelantando el busto—. Ya no eres el pistolero Cohen, sino el número 7641.

Dave Cohen hizo un gesto amagando un claro golpe con el puño izquierdo, y cuando Burt Forbes se ladeaba para esquivarlo, le asestó un rodillazo en pleno estómago.

Burt Forbes inclinóse hacia adelante, gimiendo.

La diestra de Dave Cohen se aplastó como una mordaza alrededor y contra su boca, y el pistolero, inclinándose, le habló en voz baja, casi gentilmente:

—Para ti soy el jefe, Burt. Cuando recobres la respiración puedes desgañitarte llamando. Acudirá corriendo el guardián. Chívate… Dile que te he zumbado.

Con la mano con la que le cubría la boca, le empujó hacia arriba, y dándole un achuchón con la zurda, le hizo sentarse en la litera. Burt Forbes, aplicadas las dos manos sobre el estómago, miró sombríamente al pistolero hebreo, que ahora parecía muy divertido.

—¿Pasa algo, Burt?

—No.

—Hazme caso, Burt, y si te portas bien, saldrás ganando. ¿Es que tú te crees que yo voy a pudrirme aquí? Tomé mis precauciones para un caso como éste, que todo hay que prevenirlo, y tengo muchas relaciones en el exterior, muchas… Dilo, Burt, di lo que piensas. Palabra de un rufián a otro que no te volveré a zumbar por lo que digas ahora. Tienes mi permiso.

—Presumes para imponerte. Siempre te gustó gallear y mandar. Quieres hacernos creer que puedes escapar de aquí. No repitas esta gran hazaña de golpearme, Cohen, porque… o sino…

—¿Se lo dirás al alcaide?

—Tal vez.

—No seas majadero, Burt, y si te portas bien, saldrás ganando. Tu cerebro es el más endeble de los cuatro, pero tienes dos cualidades buenas para mis fines: pareces un chico de buena familia, y las enamoras. Podrás servirme. ¡Ahora, calla, mientras hablan las personas mayores!

Burt Forbes se calló, conteniéndose, porque empezaba a tener la esperanza de no cumplir la condena.

El actor Ronald Winters, cerrados los ojos, tendido boca arriba en su litera, parecía adormilado. Dijo:

—Muy interesante su actuación, señor Cohen. Un solo defecto estético le he encontrado. Al golpear al benjamín, bizqueó usted de un modo espantoso.

—Un defecto de nacimiento. Me pasa siempre que voy a pelear. Por lo tanto, ya lo sabe. Si me ve ponerme bizco, usted apártese, por si las moscas.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué cualidades buenas ha encontrado usted en mi persona?

—Una y principal. Por su oficio puede usted ser tanto un honorable pastor protestante como un diplomático árabe. Vamos al grano. Hoy es viernes, catorce de mayo de 1939, fecha que puede ser para los cuatro de decisiva importancia. ¡Cierra el pico, Burt! Me sé de memoria el chiste que pretendes colar. Filosofemos: ¿Somos carne de presidio, pregunto yo?

—Usted, tal vez. Yo, no —replicó el actor—. No se ponga bizco, Cohen, porque tengo los ojos cerrados y no me daría cuenta.

Burt Forbes rió y se puso repentinamente serio al asestarle el

pistolero una mirada atravesada.

Kirk Sanders, con gesto de infinito cansancio, murmuró:

—Si se trata de intentar una fuga, Cohen, olvídelo. A mí me vigilan especialmente casi tanto o más que a usted mismo.

—Usted llevaba bigote al entrar, y aunque se lo han afeitado, estará dispuesto a jugárselo, ¿no? Nada de niñerías ni bobadas, sino un plan seguro.

—¿Para qué nos cuenta en su plan a nosotros tres? Nos acaba, de conocer.

—¡Que va! Les conozco de hace tiempo. A Burt, hace tres años, aunque nunca me digné dirigirle la palabra, porque si es posible no alterno con mocosos.

—Tú no tienes, más de treinta años…, jefe.

—Pero valen por sesenta. Y por esto mismo sé que tú vales en una banda de cuatro cerebros bien organizados, administrándote yo los talentos.

—¿Y a mí, de qué me conoce, señor Cohen?

—A usted, actor, le he visto trabajar, y recuerdo que cuando le vi representar una obra en la que desempeñaba usted el papel de un ingenuo y maduro ricachón, me dije para mi capote que sería muy útil en una banda montada por lo alto y con pretensiones.

—Gracias por su opinión.

—En cuanto a usted, Sanders…, pues le tuve pisándome los tacones, y sé de sus éxitos como agente del

F. B. I.

Quien supo cazar a los muy listos, sabría evitar que le cazaran.

—Supongamos, y siempre en el terreno de las hipótesis, que lográramos salir de aquí, Cohen. ¿Qué es lo que le hace creer con tanta firmeza que, por lo menos yo, formase parte de su banda?

—Muy sencillo. Estamos ya descalificados para vivir normalmente. No se resignará usted a cumplir los treinta que le han colgado. Usted tiene riñones y el

F. B. I.

lamentó mucho su resbalón, porque era uno de sus mejores elementos. ¿Qué le pasa, actor?

—Otro punto flaco en su representación muy sentida del jefe de banda aleccionando a sus futuros *gangsters*.

—¡Venga! ¿Cuál?

—Demos por hecho que usted, valiéndose de alguna amistad segura y exterior o interior, consigue escapar, y nosotros tres con usted. Cualquiera de nosotros tres podría luego ser indultado, simplemente con proporcionar al
F. B. I.
la captura de los otros fugados.

Dave Cohen apoyó los puños en las caderas, y tomando por testigo al ex agente Sanders, dijo:

—¡Palabra que el actor me toma por un principiante! Oiga, actor, ¿es que me cree un *gángster* de esos de pega que dicen groserías y escupen por el colmillo en los tablados de teatro?

—Le creo muy superior a cualquiera de los pistoleros imaginados por cualquier autor, si esto le puede halagar.

—Mientras estábamos en la lancha, fui formando un pulpo de tres tentáculos en mi magín: la cabeza, yo; los dos brazos de pesca, usted y Burt; el brazo de agarrada y defensa, Sanders. Bastaría un solo golpe bien madurado…, y a vivir hasta el final de nuestros días, tranquila y opíparamente.

—Me agrada su optimismo, señor Cohen; pero, pese a intentar sugestionarme, cerrando los ojos, percibo la frialdad del hierro de las rejas y el lento paso seguro y alerta de los centinelas, que, provistos de ametralladoras, deambulan por los murallones, llenos de focos deslumbrantes y sirenas escandalosas.

—Duérmase de una vez. Yo ya he hablado bastante por hoy. Y escuchen lo que les digo, amigos: vayan reflexionando, y cuando lo deseen, me hacen las preguntas que quieran al oído. Yo soy muy calmoso, y puedo esperar. Sepan tan sólo que la libertad…, y muy cercana, sólo es posible para el que se avenga a obedecerme.

Ronald Winters insistió:

—No aclaró el punto más aportante, señor Cohen. Si usted está seguro de escapar, ¿para qué nos necesita, prescindiendo de su teoría del pulpo humano?

—Yo sólo tendría mucho trabajo. Y no habrá posibilidad para ustedes de buscarse el indulto, delatando a los otros, porque lo he plantado de forma que los cuatro «mojaremos». Y ahora, a dormir, *Abur*.

El pistolero se tendió en su litera, de cara a la pared, haciendo lo mismo Kirk Sanders.

Ronald Winters trató de dormir, pero, al igual que Burt Forbes, estaba nervioso, vislumbrando la posibilidad de huir.

Al cabo de unos instantes se enderezó y tocó una pierna de Burt Forbes, que se inclinó, asomándose al borde de su litera, superior a la ocupada por el actor.

—¿Qué quiere, Winters? —inquirió en voz baja.

El actor, alzando el rostro, casi en un murmullo, musitó:

—Estoy poco habituado a las expresiones del hampa. Tal vez usted pueda aclararme lo que significa «mojar».

Desde, el otro lado de la celda, Dave Cohen giró sobre sí mismo, ostentando una sonrisa sardónica, mientras decía:

—Acérquese, actor, que yo le contestaré a, su pregunta.

Ronald Winters se levantó, hasta colocarse junto a la litera del pistolero, que, asiéndole por el cuello de la guerrera, le habló al oído:

—«Mojar» equivale a «pringarse» los dedos. Puesto de otro modo, yo tengo un billete de lotería, cuyo premio es la libertad. Tocará. Doy una participación a cada uno, y a los cuatro nos toca, o los cuatro perdernos. Y no guardo el billete entero porque no puedo. Piense en ello, actor. De Burt y Kirk respondo que tomarán una participación.

—¿En qué consiste esta participación?

—Si alguien se interpone, caerá. Y los cuatro tendremos que disparar, seguramente. Por tanto, «mojaremos» los cuatro.

—¿Cuál es su plan de evasión, señor Cohen?

—Se lo diré cuando sea la hora y me dé a mí la gana, señor Winters. *Abur*, chitón y a dormir, que este pitido que está resoplando significa que es hora de callar.

Un silencio completo invadió las galerías y celdas. Cada hombre, convertido en un número, procuraba coger pronto el sueño. De vez en cuando una pesadilla arrancaba gritos a algún número.

CAPÍTULO III

LA EVASIÓN

Al día siguiente los tres reclusos aguardaban con impaciencia que Dave Cohen se decidiera a hablarles. Pero Dave Cohen dormía profundamente su siesta, y el ritmo acompasado de su respiración tenía todas las características del hombre sumido en pleno sueño, del que sólo puede despertarle un fuerte ruido.

Y en forma inconsciente, los otros tres se acercaron a su litera, cuando Dave Cohen, despertándose, bostezó y estiró los brazos.

—Bien, bien —dijo sarcástico—. Parece que soy un tipo muy vistoso durmiendo, ¿no? ¿O es que me espantabas las moscas, Burt?

—Hable ya, Cohen —dijo Kirk Sanders—. Los tres estamos dispuestos a todo.

Dave Cohen sentóse en su litera, y habló con voz tenue, aproximadas a su alrededor las tres cabezas de sus futuros cómplices:

—Mañana, a las siete, al entrar en el refectorio para cenar, el celador de la puerta hará la vista gorda, si nos colamos a toda prisa hacia la galería de los castigados.

—¿Está comprado?

—Mi chica le ha ofrecido ya cincuenta mil dólares, dándole cinco mil de anticipo. En la galería de castigados habrá que tumbar al celador, sin ruido, para pasar al economato.

—¿Y una vez en el economato? —preguntó ansiosamente Burt Forbes, mordiéndose las uñas.

—Llegar hasta la puerta de salida del economato es cuestión de pies. El celador comprado habrá dejado armas junto a la balanza

romana, en un cajón de higos secos, tal como le expliqué a mi chica, en comisaría.

—¿Y si…, si el celador no se ha dejado comprar? —inquirió Burt Forbes.

—Entonces, hijito, reza lo que sepas mientras nos metamos en la galería de los castigados, porque lo que es a mí, después de tumbar al guardián, no me cogen vivo.

—¿Y si salimos, del economato? —preguntó prácticamente Kirk Sanders.

—Mi chica espera en una canoa, en un punto que le indiqué. Estará esperando bajo un arco de puente, desde donde no la pueden ver los ametralladores del murallón.

—¿Y nos meteremos mar adentro?

—Eso sería igual a dejarnos cazar inmediatamente por cualquier guardacostas o lancha torpedera. Yo hago las cosas bien o no las hago. En la costa habrá un buen coche esperando, sin chofer. El único problema radicará en que nos acribillen en la lancha, y esto dependerá de nuestra maestría en acogotar los guardianes del economato y de la galería de castigados. Hay que dejarlos mudos para siempre. Estrangularlos, actor. Ahora os diré paso por paso lo que tenemos que hacer, y ha de quedar la cosa entendida y bien engrasada, como si fuera un mecanismo de relojería. Si falla solamente la más pequeña piececita del engranaje, adiós libertad, y caeremos todos. Empezará la cosa, así: Cuando me acerque yo a la puerta del refectorio. Si el celador se pone de espaldas, tendremos ya el primer paso. Si no, regresaré a mi lugar. El ponerse de espaldas es la contraseña.

—¿Y si sabiéndolo ha delatado tu plan, jefe, y quieren saber quiénes son los que vamos a escaparnos?

—Pues… ya te he dicho que reces lo que sepas, hijito. Escuchad ahora atentamente.

* * *

A las siete y veinte minutos, una canoa se deslizaba atravesando el corto trecho que separaba la costa de la isla.

Iba pilotada por Meg Terry, la novia de Dave Cohen. Un dispositivo en el motor ponía sordina al traqueteo de la máquina.

La escoba luminosa del reflector instalado en lo alto de la muralla sur barrió el mar diez metros a popa de la canoa. Hasta entonces, con serena precisión y después de calcular cada giro da luz, Meg Terry había avanzado o detenido la marcha, para no ser sorprendida por el haz luminoso.

Meg Terry continuó inclinada sobre el volante-palanca, y poco después entraba la canoa, bajo el puente convenido. El más próximo a la salida del economato.

Meg Terry iba contando los segundos, estremeciéndose cuando la suave brisa hacía mover los tallos de hierba cercanos. De pronto, vio unas sombras agachadas, perceptibles ya por sus uniformes grises a rayas, que avanzaban haciendo susurrar la hierba.

Saltaron a la canoa las cuatro sombras, una tras otra, dos de ellas con gestos nerviosos plenos de ansiedad contenida. Meg Terry, sin el menor comentario, volvió a empuñar el volante-palanca, mientras con la mano zurda le tendía a Dave Cohen, junto a ella, una pistola automática.

—¡Hola, Dave!

—¡Hola, Meg!

Los otros tres se tendieron cuan largos eran en el fondo de la canoa, que se puso en movimiento contorneando la isla por el litoral sur.

—He traído tal como dijiste, varios «mahones», Dave. Están en aquel lado.

—Id vistiendo los monos, muchachos —dijo Dave Cohen.

—¿Salió bien la cosa, Dave?

—Estoy aquí, Meg. Sobra, pues, la pregunta.

—¿Cuántos guardianes…?

—Cayeron cuatro, limpiamente, y para siempre. Así tendremos tiempo de alejarnos sin alarma. Y hemos «mojado» a guardián por cada…

Un repentino estampido rasgó el silencio de la noche.

—¡Dale marcha, Meg! —aulló Dave Cohen, empuñando su pistola.

Otros dos cañones dibujaren círculos rojos en el horizonte. El triple cañonazo en la noche anunciaba la evasión.

Un haz de reflectores barrió el mar entrecruzándose.

—Nos despiden con todos los honores —dijo Dave Cohen—.

Saca el máximo, Meg. Ya no importa el ruido, puesto que ellos han descubierto nuestra evasión antes de lo que era de esperar. ¡Alguno de vosotros no le debió apretar bien el gaznate al guardián que le tocó, maldita sea!

La canoa levantó abanicos de espuma, zigzagueando. Fue enfocada por la cola luminosa de un reflector.

Meg Terry condujo en línea recta.

—¡Nos van a acribillar, Dave! —gritó nerviosamente Burt Forbes, tendido en el suelo de la embarcación—. Gira, el volante, como antes lo hacías.

—Las balas que nos puedan enviar ya no perforan —explicó Dave Cohen desdeñosamente, en pie, junto a su novia, y a proa de la canoa—. Si llegan los balazos, vendrán blandos. Buena chica, Meg; eres una buena chica. Tranquila y eficaz.

La canoa, más que un bólido lanzado por la propulsión de las hélices, semejaba un surco blanquecino cortando la superficie obscura calmada del mar.

Algunos surtidores diminutos marcaban una especie de pequeña estela tras la embarcación.

—Disparan —dijo Burt Forbes.

—Es la obligación de ellos —replicó secamente Dave Cohen—. ¿O qué querías? ¿Que bailasen con las manos entrelazadas celebrando nuestra evasión?

La isla se alejaba cada vez más. Oyéronse unos sonidos semejantes a violentas toses secas.

Kirk Sanders y Ronald Winters permanecían mudos. Burt Forbes se arrodilló, preguntando mientras su brazo armado encañonaba a las invisibles, pero audibles canoas policíacas:

—¿Dónde está el coche, jefe?

—En Rond Travérs. Faltan apenas dos minutos.

Un «floc» repentino junto a la borda alarmó al actor.

—¡Un balazo, señor Cohen!

Tras la canoa, a media milla de distancia, varios haces luminosos señalaban la creciente ventaja de las lanchas motoras de la policía.

Dos balas arañaron la pulida madera de la popa. Burt Forbes asió un fusil-ametrallador del fondo de la canoa, y sentado apoyó los dos codos sobre sus rodillas, apuntando hacia los discos luminosos de los reflectores.

Presionó el gatillo repetidamente, hasta que dándose cuenta, Dave Cohen, que estaba al volante, le propinó un taconazo en el arma.

—¡No seas imbécil, Burt! Dispararles es indicarles dónde vamos. Sólo hay que disparar si nos estrechan de cerca y todavía no llegó el caso.

—¡Rond Travers! —avisó Meg Terry.

Dave Cohen miró el brazo extendido de su novia. Siguió la dirección señalada, lanzando la canoa como una flecha contra la playa.

Cayeron unos sobre otros, al chocar la proa contra la arena, empotrándose en ella. El primero en saltar fuera fue Burt Forbes.

En lo alto de la carretera se dibujaba una masa sombría, alargada, e inmóvil: el coche hacia el cual se precipitaron los cinco, colocándose al volante Meg Terry y a su lado Dave Cohen.

Atrás se instalaron el actor y los otros dos, mirando por la ventanilla posterior Burt Forbes, asida la culata de su fusil-ametrallador.

En la playa sonaron con insistencia agudos silbatos, pero el «Studebaker», lanzado, a toda velocidad, era ya un punto lejano e invisible cuando los policías llegaban a la carretera.

—Tu técnica ahora, Kirk —pidió Cohen, volviéndose sobre el asiento, y mirando al ex agente—. ¿Qué va a pasar?

—Cortarán la carretera, avisando por teléfono a todos los puestos de vigilancia hacia el sur y la frontera con Méjico.

—Exacto. ¿Qué te parece, pues, que debemos hacer?

—Habrás, ya pensado en ello.

—Me gustaría oír tu opinión, Kirk.

—Abandonar el coche, despeñándolo, y aguardar el paso de algún camión y asaltarlo, para viajar en sentido contrario hacia el norte.

—¿Por qué?

—Dan por descontado que vamos a Méjico. Vayamos, pues, al Canadá.

—Exactamente lo que tenía pensado, menos lo del camión. Esto no lo pensé, no. Algo mejor. En el kilómetro cuarenta y dos… y nos, faltan apenas… ¿cuánto, Meg?

—Cinco millas, Dave.

—Mi chica es algo magnífico. Bonita y provista de un cerebro superior. Luego os presentaré. Bien, cuando lleguemos al kilómetros cuarenta y dos, habrá un furgón funerario. Bien, era una furgoneta, pero Meg se ha encargado de que la pinten de blanco, con el letrero de la funeraria norteña de Seattle. ¿Lo hiciste, Meg?

—Está encerrada en la choza abandonada que me indicaste, Dave.

—Todo va como una seda, cuando todo se estudia a fondo. Hace ya tiempo que me preparé para este caso, el de que estuviera yo encarcelado. Y todo lo medité al dedillo. En la choza, con la furgoneta, hay dos trajes negros y gorras. Irás tú al volante, Kirk, y a tu lado, yo. Detrás… y no hay ataúd… vosotros tres.

Frenó bruscamente Meg Terry. Estaban flanqueados por praderas, y lejanas granjas.

—Tú lo despeñas, Burt. Irás delante de la furgoneta, y en el atajo costero saltarás a tiempo. Vamos a sacar el funerario.

Poco después Burt Forbes, al volante del «Studebaker», saltaba fuera y el coche, dando tumbos, cayó ruedas arriba en la pedregosa playa.

Corrió, introduciéndose en la caja posterior de la blanca furgoneta. Dave Cohen tocó con el codo a Kirk Sanders:

—El paso de peligro está ahora delante, si han organizado ya la persecución.

—De momento estarán avisando todos los puestos al sur. Y les entretendrá el encontrar el coche bien visible despeñado. Nos buscarán por los contornos. Creo, Dave, que has hecho las cosas bien. Llegaremos al Canadá.

—Donde quiero llegar es mucho más lejos. A Francia.

—¿Eh?

—Sí, a Francia.

—Los alemanes están invadiendo Holanda y Bélgica, Dave.

—Por esto mismo. A río revuelto, ganancia de pescadores. Y habrá posibilidad del gran golpe.

—¿Fondos para llegar a Francia?

—Hace tiempo fui enviando dinero a varias cuentas corrientes. Una en el Canadá, otra en Méjico, otra en Cuba. Las retiraré.

—Te cogerán si, lo haces.

—Las puse a un nombre distinto, y con firma aprendida.

—Piensas en todo, Dave.

—Por esto me creo capacitado para darte órdenes, Kirk. ¡Ojo! Hay allí una reunión de faros.

Al final de la recta, de la carretera había una decena de motocicletas agentes alineadas en la cuneta, precedidos por dos coches, patrulla.

Repicó Cohen en la madera a su espalda, y por la estrecha mirilla habló Meg Terry:

—¿Pasa algo, Dave?

—Preparados por si acaso. Coged las armas. Pero nada de nervios. ¿Estamos?

En el centro de la carretera un motociclista, hacía señal de detenerse, agitando los brazos en aspa.

—Hay que parar, Dave.

—Naturalmente que sí —dijo con voz algo cambiada el pistolero.

Se acercó el motorista a un lado de la furgoneta funeraria, apoyándose en el reborde junto a Kirk Sanders.

—Buenas noches. ¿De dónde vienen?

—De Los Ángeles.

—¿Dónde van?

—A Oregón. Llevamos allá el cuerpo de un ciudadano que…

—¿No se han cruzado con un «stude», negro, ocupado por cinco personajes?

Kirk Sanders asintió:

—Sí. Pero ya hace media hora. Lo cruzamos, en el atajo costero, y estaba parado. Había un tipo inclinado sobre el motor. Nosotros no le ofrecimos ayuda, porque debemos llevar…

—¡Gracias! ¡Sigan camino, amigos! —Y el motorista corrió a informar a sus superiores.

Dave Cohen respiró ampliamente, cuando ya la furgoneta arrancaba alejándose de motoristas y coches, que se pusieron rápidamente en marcha en sentido opuesto.

—Buen temple, Kirk. Tú eres el brazo de agarrada y defensa. ¿Y ahora qué opinas?

—Que tendremos que soltar este coche, pronto. Es muy visible, y les pueden nacer sospechas a los agentes.

—Cierto. ¿Y qué si lo soltamos?

—Meternos en dos grupos, y, tranquilamente, en dos autobuses de línea, a partir de Silver Place.

—De acuerdo. Iré yo con Meg y Burt. Tú con el actor. Nos reuniremos en Seattle. Allí es fácil pasar la frontera.

Los rápidos coches, de línea, del Norte transportaron en dos grupos a los fugados. En Seattle se reunieron y al anochecer siguiente atravesaban la frontera canadiense.

No se alojaron en ningún hotel, como tampoco lo habían hecho en Seattle. Alquilaron una caseta de baños en la playa de Vancouver, durmieron, sobre la arena, como bañistas deportivos, después de haber pasado por peluquería y almacén, de ropas hechas.

—Sale un «cargo» para Marsella, Dave —dijo al atardecer Kirk.

—Es lento.

—Sale un avión para Le Havre. Pero los cinco pasajes cuestan mucho.

—Lo recuperaríamos en Francia. Pero no conviene viajar los cinco juntos.

Los otros dos dormían profundamente. Meg Terry, al lado de Dave Cohen, escuchaba con su habitual expresión inalterable. Era bonita, pero sin calor, como si fuera frígida a toda emoción.

Bajó la voz Dave Cohen:

—De ti fío, Kirk. Viajarás, con ellos dos, en el segundo avión. En Le Havre te esperaremos junto al aeródromo. Mi chica y yo tenemos ya pasaportes y documentos en regla. Tendréis vosotros que buscaros lo mismo.

Kirk Sanders sonrió con cierta melancolía:

—Aquí hay un californiano que escapó. Falsificaba expertamente cualquier documento. Iré a verlo con estos dos. Bien, Dave. Cuenta conmigo. Nos reuniremos en Le Havre.

Despertó Sanders a los otros dos y fueron a vestirse. Cuando el avión los llevaba lejos del continente, con pasaportes falsos, presentándolos respectivamente como periodistas a Sanders y Forbes, y como viajante de comercio a Winters, Burt Forbes, sentado junto al actor, comentó:

—Es de admirar la chica de Cohen.

—No la admires demasiado, benjamín. No, me equivoco si creo que ambos están rabiosamente enamorados.

—No se notaba.

—Por eso mismo. Porque tienen vergüenza de exhibir sus sentimientos.

—¿Y qué vamos a hacer en Francia?

—Aprender francés —dijo desde el asiento de atrás Sanders.

—Ya. Yo soy chico de colegio de pago y lo hablo ya.



...y el camión cayó al lago con sus ocupantes.

—También lo hablo yo, y creo que Con buen acento —dijo el actor.

En el avión precedente, Dave Cohen leía la prensa, y calladamente le tendió el periódico, señalando con el dedo un párrafo a su novia:

> *«… los dos guardianes supervivientes, de la galería de castigados y del economato del presidio de Alcatraz, fueron los que dieron la alarma, al reponerse de la agresión de los cuatro forajidos…».*

Ella le miró, y él, que estaba reclinado contra su hembra musitó:

—Sanders y Winters no cumplieron. Tenían que estrangular.

—Tal vez con la prisa…

—Posiblemente. Pero el actor había practicado una vez, y Sanders es fuerte. Si son sentimentalismos, tendré que aleccionarles. Un poco más y falla la cosa.

—¿Los necesitas en Francia, Dave?

—Sí. Formaremos un perfecto pulpo humano, hasta que la cabeza suprima los tentáculos, cuando dejen de servir.

CAPÍTULO IV

FIN DE MAYO EN FRANCIA

Era un mes de mayo, apacible, tibio, el que iluminaba el suelo francés a fines de mayo del 1939. Pero se observaba una tensión inquieta en todos los semblantes.

Los alemanes atravesaban con sus «Panzers Divisionen» el suelo belga. Empezaba el éxodo de los franceses habitantes del norte.

—La avalancha es incontenible —comentaba un estratega de café.

—La «Maginot» los detendrá.

—Nuestro espíritu no es el del 14. No queremos morir por Dantzig.

Éstos eran los comentarios de la calle. En los círculos sociales también se opinaba, pero aparentando algunos un falso optimismo, y otros demostrando sinceramente que lo único que les preocupaba era ponerse a salvo con sus riquezas.

Este último caso era el corriente en la ciudad de Dijon, capital del departamento de Costa de Oro, al noroeste de Francia. La proximidad de los departamentos del Alto y Bajo Rhin infundía pánico, por ser estos departamentos lógicos caminos para la invasión alemana.

Y la hija del banquero Epinal, el prohombre de la ciudad, deseaba obtener ánimos que entresacaba de la conversación que sostenía con el periodista norteamericano Burt Corbett para ella el genuino representante de una raza optimista y emprendedora.

Le había conocido en un baile dado en la casa de una familia amiga. Desde entonces, y aunque sólo hacía cinco días que se

trataban, Marthe Epinal se sentía muy enamorada del apuesto y correcto yanqui.

—Mi padre está muy preocupado, Burt.

—No veo por qué. Los alemanes están aún muy lejos.

—Pero sí irrumpieran de pronto, bloquearían todos los fondos monetarios depositados en el Banco de mi padre.

—Fácil remedio tiene esto, y seguramente ya tu padre habrá pensado en ello.

—Sí, ha hecho cargar un camión blindado con todo el oro y nuestras joyas, para estar preparados a partir al primer toque de alarma.

—Entonces, ¿por qué te preocupas, Marthe?

—Tengo miedo.

—Bah… Suiza no está lejos.

Desvió la conversación hacia, otro tema.

Llegó triunfante a la hora del almuerzo a la fonda, donde se alojaban los demás componentes de la banda.

—¡Ya está, jefe! —anunció triunfalmente, tras cerrar la puerta, y entrar en la serie de habitaciones que ocupaban—. Yo…

Dave Cohen alzó la mano, imponiendo silencio a Burt Forbes.

—No es preciso que yo mismo me alabe, pero habréis de reconocer que mis predicciones eran ciertas. Esta ciudad, por su proximidad a zona alemana y suiza, era la ideal. Ronald, buen actor, supo cómo hombre aparentemente muy respetable, ganarse la simpatía de la señora Thierry, que es la que respalda las reuniones sociales. Ronald presentó a Burt, y éste, cumpliendo mi indicación, cortejó a Marthe Epinal. Ahora llegamos al punto final del gran golpe. ¿Qué te ha dicho la chica Epinal, galán?

—Un camión blindado, cargado de oro y joyas, espera a salir arreando para Suiza, apenas suene la alarma anunciando la entrada de los simpáticos alemanes, que sin darse cuenta van a ser nuestros cómplices más efectivos y…

—Frena, Burt. ¿Dónde está el camión?

—En el Banco.

—Bien. Vete a comer con Ronald. Discutiremos el asunto a solas, Kirk, yo y Meg.

El actor se levantó, yéndose al comedor con Burt Forbes.

Dave Cohen bajó la voz, mientras Meg se colocaba junto a la

puerta de acceso a aquella habitación.

—Oye, Kirk, nosotros hemos estado seis días encerrados aquí. ¿Crees que necesitamos a los otros dos?

—No lo creo. Tienen imprudencias. Bastante has hecho por ellos, facilitándoles la huida de Alcatraz.

—De acuerdo. Mi plan es el siguiente: ahora va sabemos que hay un camión blindado lleno de oro y joyas, a punto de salir del Banco, apenas suene lo que aquí llaman *tocsin*, la alarma que daría la campana especial de la catedral.

Sonrió, divertido, el *gángster*:

—Esta campanita, la hará sonar Burt. ¿Qué pasará?

—Inmediatamente el blindado saldrá del Banco camino de Suiza.

—Exacto. Acribillar al del volante, resultaría fácil, en medio del barullo.

—A menos que el banquero haga escoltar el blindado.

—Es posible. Para esto ha estado Meg preparando un buen surtido de piñas lacrimógenas. Y tenemos las tres caretas de gases, gentilmente donadas por la alcaldía a todos los habitantes de costumbre y a los eventuales. Mi idea es la siguiente: obtendremos fácilmente dos motocicletas. Meg ha conquistado ya a dos agentes motoristas, muy galantes, que están rivalizando por «castigarla». Les dará una cita, a diez minutos de separación, en el parque, esta noche, a las nueve. Allí les aguardaremos, y tendremos así los dos uniformes y documentos de filiación que llevan siempre encima. Después, a la hora que le diga, Burt hará sonar el *tocsin*.

—¿Ronald?

—Le haré esperar con una supuesta misión en la segunda carretera, por donde no pasaremos.

Siguieron planeando lo que iba, a ser el «gran golpe», ya que entre el oro de las reservas bancarias y las joyas, calculaba Cohen por lo bajo un botín total de noventa millones.

* * *

Burt Forbes pestañeó:

—¿Cree fácil subir al campanario, jefe?

—Lo hace el sacristán, y tú vales más que un sacristán, Burt, Ya

te he indicado cuál es la campana que debes hacer sonar. Bastará que la sacudas unas diez veces. Después huye, y reúnete con Ronald en el lugar, que te he señalado. Por allí pasaremos a recogeros. ¡Venga, ya estás allá!

Marchóse Forbes, alejándose del rincón del parque, donde dos agentes motoristas: yacían amordazados y medio muertos.

Meg Terry se encaminó hacia el lugar que le había señalado Dave Cohen.

Kirk Sanders, con la bolsa al costado, igual que la llevada por Dave Cohen, vestidos ambos con los uniformes recién quitados a los motoristas, contenía doce bombas lacrimógenas de pequeño tamaño, pero de gran radio de acción, y colgada a la espalda la bolsa de la careta-antigás, comentó:

—Puede Burt sospechar, y puede no sacudir el *tocsin*.

—Lo hará, porque si no lo hace a la hora exacta que le he señalado, sabe que yo le sacudiría fuerte.

La ciudad dormía, cuando Dave Cohen y Kirk Sanders pusieron en marcha las dos motocicletas pertenecientes al servicio francés militar de carreteras.

Las pararon en la confluencia de la carretera general con la primera de acceso a la frontera suiza.

Lejos, como compases agitadamente fúnebres, resonaron los toques de la campana que desde la Edad Media servía en los pueblos franceses para avisar la presencia de enemigos, o incendios de bosques.

—Bien, Kirk. A lo nuestro. Recuerda que es muy posible que dentro del blindado vaya algún guardián armado.

—Lo averiguaré.

Tornaron ambos a poca marcha dos direcciones distintas, controlando primero sus respectivos cronómetros.

Kirk Sanders se dirigió hacia la ciudad, mientras Dave Cohen lo hacía camino de la frontera.

La mayor agitación reinaba en las calles y casas de Dijon. Coches que emprendían la marcha hacia el sur. Familias enteras agrupándose para abandonar la ciudad.

Del Banco Central salió el camión blindado, y tras él, dos coches conteniendo a la familia Epinal. Al cruzar el último puente de la ciudad, un motorista detuvo el blindado.

Habló el banquero, y Kirk Sanders manifestó que por ser asunto del Estado y gobierno francés, el camión debía ser escoltado hasta atravesar la frontera.

El banquero, replicó:

—Con sumo gusto, mi buen señor. Aunque en estos momentos ningún francés piensa en asaltos.

—Es poco un guardián al volante y otro al lado, señor Epinal.

—Pero son dos valientes funcionarios, y bastan ahora, en que usted nos dará escolta.

—Encontraremos por el camino a mi compañero de patrulla. También él les escoltará conmigo. ¡En camino, compañeros! —indicó Sanders a los dos del blindado.

Retrepándose en su asiento, el banquero sintióse tranquilo. Su hija Martha hizo un comentario acertado:

—Este policía del tráfico tiene un acento horrible, papá.

—Debe ser del Sur, o tal vez auvernés.

—No, no… Era un acento así como de yanqui hablando francés, y muy mal.

—Estás pensando siempre en tu yanqui. Ya lo encontrarás en Suiza, chiquilla. Ahora…, ¡ojalá los teutones respeten la ciudad!

El que iba al volante del blindado pisaba a fondo el acelerador, siguiendo la gran velocidad a la que Kirk Sanders llevaba su motocicleta.

Los faros iluminaron al motorista, que avanzaba en sentido contrario, cuando distaban ya unos tres kilómetros de la ciudad alarmada.

Y Dave Cohen agitó amistosamente la diestra enguantada con la manopla hacia los ocupantes del blindado y de los dos coches.

Se colocó al lado de la carretera, y emprendió la marcha tras la pequeña caravana. Consultó su cronómetro de esfera luminosa, al igual que de vez en cuando hacia Sanders.

Cuando la manecilla mayor señaló el número ocho, Dave Cohen se colocó la careta antigás, e introdujo la mano en la bolsa de lacrimógenas.

Kirk Sanders detuvo la motocicleta después de hacer varias señales, y el blindado y los otros dos coches se detuvieron también.

—¿Qué sucede, agente? —preguntó el chofer.

Kirk Sanders lanzó la primera lacrimógena casi dejándola caer

en el compartimento delantero del blindado. Se puso inmediatamente la careta antigás.

Dave Cohen fue lanzando lacrimógenas en los dos coches. Corría a pie de un lado a otro.

Nubes espesas, acres y malolientes, hiciéron por unos instantes desaparecer envueltos en ellas a los tres coches.

Toses, gritos ahogados, lamentos, formaron una cacofonía lastimera, mientras Kirk Sanders arrojaba fuera del blindado a los dos guardianes, ya desvanecidos a efectos del gas de mostaza.

Se puso al volante, llevando el camión hasta el kilómetro señalado para que allí esperara Meg Terry, revestida ya de mono y ocultos, los cabellos bajo una gorra de chófer.

Se puso ella al volante, mientras Kirk Sanders se instalaba a su lado, y ella hacía marcha atrás, hasta acercarse al lugar donde Dave Cohen había ya ocultado entre los árboles a los dos coches, con sus desvanecidos ocupantes.

Fueron oyéndose los disparos con los que Dave Cohen remataba a todos y apareció, humeante aún el fusil-ametrallador.

—Hubieran podido decir que dos supuestos agentes motoristas los habían asaltado, y noventa millones mal tasados, no deben correr el peligro de perderse.

—Antes no matabas así, jefe —dijo Sanders cuando ambos, despojados de las caretas, montaban respectivamente sus motos.

—Están muriendo miles y miles de soldados, Kirk. A veces eres en exceso sentimental. Tu delito lo fue. Cuidado con los sentimientos, Kirk.

El camión blindado conducido por Meg Terry, a quien entregó Dave Cohen los documentos del chófer, arrancó.

Tras él los dos motoristas lanzaron sus máquinas a toda velocidad.

* * *

El sacristán iba recuperando el sentido. Manifestó que un desconocido le había golpeado, despeñándolo desde el tercer rellano de la alta torre-campanario.

—… Pero Dios me ayudó y caí sobre el tejadillo de las enredaderas, o si no, me hubiera aplastado en el patio interior, y…

Alertados todos los organismos oficiales, se difundió prontamente la noticia de que la alarma había sido indebida, y sin causa. Telefónicamente fueron avisados los pueblos de alrededor para que regresasen los que habían empezado la desbandada.

Y en Comisaría hacíanse toda clase de cábalas para tratar de averiguar a qué se debía la agresión al sacristán, y el toque de *tocsin*. Hubo quien manifestó que podía tratarse de una maniobra de algún agente alemán.

Sólo al amanecer, y cuando llegó un agente del «Deuxieme Burean» del contraespionaje francés, empezó a crearse un ambiente de molestia en Comisaría, cuando el agente les reprochó el no haber custodiado debidamente la camioneta blindada desaparecida y propiedad del Banco Central.

—… Porque ha de saber, señor comisario, que en el cofre particular guardaba Epinal unos documentos importantísimos que le fueron confiados para salvaguardar en caso de peligro.

—Nada me comunicó el «D. E.» —replicó agriamente el comisario—. Si tan importantes eran estos documentos, ¿por qué no enviaron ustedes agentes de escolta?

—Los hubiéramos mandado en caso de invasión. No podíamos prevenir que iban a dar la falsa alarma. Movilice a todos sus hombres, señor comisario. Hay que dar con la pista del camión-blindado y la familia Epinal, que es la única, que falta en la ciudad.

* * *

Burt Forbes empezó a impacientarse. Estaba junto a Ronald Winters en la encrucijada que había indicado Dave Cohen.

—¿Está usted seguro que es aquí, Winters?

—Naturalmente. El plano no ofrecía dudas.

—Son ya las once y dos, y Dave prometió recogernos a las diez y cuarenta y cinco.

—Todo no sale a veces matemáticamente. Hay que ser paciente, benjamín.

A las doce en punto de la noche, Burt Forbes, tras secarse repetidamente la frente y la boca con manos temblorosas, dijo sordamente:

—¡Nos han traicionado, Winters!

—Parece que así es. Nos toca, pues, demostrar que no somos dos imbéciles.

—¿Cómo?

—Han cruzado la frontera, porque no cabe suponer que hayan fallado el asalto. Planea bien las cosas Dave Cohen. Yo creía que existía lealtad entre maleantes. Un desengaño más.

—¿Qué hacemos, Winters? Quedarnos aquí ahora es peligroso. El sacristán puede reconocerme, porque no cayó al patio, sino que quedó suspendido en unas enredaderas.

—Ir a Suiza siguiendo el camino que han seguido ellos.

—¿Qué camino han seguido?

—Hasta la frontera y partiendo de Dijon, sólo hay dos carreteras, ésta y la otra. Por lo tanto vamos a la otra. Tenemos los documentos en regla, y…

—¿Qué haremos, Winters?

—Serenidad, primero, benjamín. Yo también tengo imaginación, y cogeremos bien a Dave. Él me ha convertido en un *gángster*, ¿no? Pues le demostraré que, puestos a jugar, juego fuerte.

CAPÍTULO V

PRINCIPIO DE JUNIO EN SUIZA

En el pintoresco pueblo de Hermance mitad francés, mitad suizo, por cuanto estaba instalado en la orilla, meridional del lago de Ginebra, partido por la raya fronteriza, que separaba Suiza del departamento francés de la Alta Saboya, un granjero francés que dormía apaciblemente, fue despertado bruscamente por su esposa.

—¿No has oído? Debe ser un avión que ha caído al lago. He oído un enorme estrépito, como si el puente se derrumbara.

—Bueno… Yo ordeñó vacas, y no soy explorador. ¡Adormir!

La granjera se calló, pensando mil catástrofes. Su granja estaba muy cercana al puente que unía por encima del lago las dos mitades del pueblecito.

Un parador de turistas instalado en la cercanía del puente, junto a la granja, dormía, porque eran las cuatro de la madrugada, pero un pintor insomne acabó de desvelarse agitadamente.

Se asomó a la ventana mirando hacia el lago. Pero la noche obscura y el lago en calma le hicieron pensar que el ruido que había percibido, algo así como la caída de un voluminoso cuerpo en el agua, debió ser imaginario.

Sólo fue a la mañana siguiente, cuando todos los habitantes del pueblecito de Hermance, vieron que por la noche el puente, en su trecho que estaba en reparaciones, se había derrumbado.

* * *

Todo había ido bien, hasta que Meg Terry internó el camión

blindado por el puente de Hermance, camino de Thonon.

Dave Cohen y Kirk Sanders habían abandonado ya sus uniformes, así como las motocicletas, hundiéndolas en el lago poco antes de llegar a Hermance.

Ella volvía a tener los cabellos sueltos, y la ropa femenina.

—Bien. Ya estamos a salvo. Ahora, antes de llegar a Thonon, hundiremos el camión en el lago, después de sacar de su interior el botín. Enterraremos las cajas y cofres. Oye, este puente trepida mucho, Meg.

Estaba Cohen sentado entre ella, al volante, y Kirk Sanders. Llevaban ya recorrido la mitad del puente.

Súbitamente, algo crujió como si una traviesa se desgarrase.

Se bamboleó el blindado, y Dave Cohen gritó:

—¡Fuera, Meg; fuera que se hunde el puente!

Cedieron las traviesas, y el camión cayó al lago con sus ocupantes. Meg, medio fuera del coche, y Kirk Sanders fuera del todo, que se sumergían en la caída, mientras Dave Cohen un esfuerzo desesperado, trataba de salir.

Sintió un agudo dolor en las piernas. Un travesaño astillado acababa de hincarse en sus mulos.

Un roce en su cuello le hizo agarrarse. Y emergió abrazado a Kirk Sanders que, ayudado por Meg Terry, fue llevando hacia la orilla, en la obscuridad, al herido, que había perdido el conocimiento.

Lo tendió en el suelo, entre la blanda maleza, y lo examinó.

—Las piernas heridas, Meg. Hay que llevarlo lejos de aquí. Si nos encuentran con él herido, sospecharán. ¿Está usted de acuerdo. Meg?

—Sí.

—Yo puedo llevarlo a hombros. Cuando lleguemos cerca de otro pueblo, iré en busca de un médico. Usted me aguardará y le explicará a Dave…

—¡El camión! —murmuró inconsciente Dave Cohen, a hombros de Kirk Sanders—. ¡Se hunde el puente!

—Todo va bien, Dave —dijo ella—. Sabemos dónde cayó el camión. Está seguro ahora. Cayó donde el puente cedió. Daremos con él. No tienes más que unas heridas superficiales en los muslos. Y él camión está como querías: bajo el agua, y sólo nosotros tres

sabemos dónde está el oro.

Iban acercándose a las lucecitas de un pueblo que parecía cercano, pero al cual sólo llegaron al amanecer, quedando ella oculta entre espesa floresta, mientras Kirk Sanders, ya secas las ropas, se encaminaba hacia lo que era una aldea.

* * *

—Hace tiempo que lo previne. Hay que saltar todo el puente y construir otro —decretó el ingeniero, llamado por el alcalde de Hermance.

—Y mientras, ¿no podríamos dejar éste y reparar…?

—El restó puede ceder inesperadamente, igual como cedió el trecho en reparación. Total, este puente, es casi innecesario. Si no votan en la reunión el presupuesto para un nuevo puente, pueden muy bien vivir en Hermance sin él. Lo que sí es preciso, y cuanto antes mejor, es que la brigadilla destruya lo demás. Sería peligroso exponer vidas de niños que podrían jugar, y…, en fin, ya lo dije. No era reparación lo que este puente necesitaba, sino destruirlo, y construir otro. Felizmente no ha habido víctimas. Y es mi deber informar para evitar suceda alguna desgracia. ¿Da la orden de destrucción señor alcalde?

—Ahora mismo.

Eran las tres de la tarde, cuando todo el pueblo de Hermance, avisado, presenciaba como un espectáculo gratuito, la voladura de los tres arcos que sustentaban el resto del puente sobre el lago.

Y la granjera quiso apuntarse un éxito diciéndole a su marido:

—¿Ves cómo lo que anoche oí era lo que me pensaba?

—No era, porque dijiste, que era un avión. ¡Bah, estas mujeres siempre quieren tener razón!

El pintor insomne se alegró, porque el oír ruidos inexistentes podía ser principio de una grave dolencia mental.

* * *

El médico de la aldea de Jussy era más requerido como veterinario, pero conocía bien su oficio, pues no en vano había

soldado muchos huesos fracturados, principal dolencia de leñadores y granjeros desde hacía cuarenta años que ejercía.

Paseaba por su jardín, cuando Kirk Sanders, empujó la puerta de madera, que separaba el jardín del camino. Apenas amanecía, el doctor Pierre Dugi lo primero que hacía era saltar de la cama para contemplar los nocturnos progresos de su jardín.

—Buenos días, señor —saludó Kirk Sanders—. Un pastor me ha dicho que usted era el único médico del pueblo.

—No mintió el pastor. Usted es americano, ¿no?

—En efecto; tuvimos un accidente y cayó al lago nuestro sidecar, en que viajábamos un amigo y su novia. Mi amigo no puede venir hasta aquí. Se quedó allá —y señaló la floresta.

El médico sonrió indulgente.

—Hay muchos contrabandistas por aquí, pero son franceses e italianos Por lo tanto usted no es contrabandista, y aunque lo fuera, esto no es de mi incumbencia. ¿Qué heridas tiene su amigo?

—Unos desgarrones en las piernas, seguramente producidos por astillas.

—Un momento.

El médico entró en la casita para despojarse de su bata y reaparecer con un jersey y un maletín.

Anduvieron en silencio y Dave Cohen retuvo sus gemidos para preguntar bruscamente en inglés:

—¿Quién es ese hombre, Kirk?

—Dígale a su amigo que me hable en francés si lo sabe, y si no, que se evite la molestia de hablarme en idioma que desconozco.

—Somos turistas —dijo Sanders en inglés—. ¡Nos despeñamos con el sidecar! Es el médico de la aldea. Te curará.

Arrodillado el médico cortó con tijeras las perneras del pantalón en girones. Lavó la sangre de los cortes con alcohol, y dijo:

—Cójale por los brazos, y la señorita por las piernas. Tal vez quiera moverse, y no conviene. Hay astillas en las heridas que son más graves de lo que puede usted creer.

Tradujo Sanders la primera parte, y Meg Terry cogió una de las piernas de Cohen, que le dijo bruscamente a Sanders:

—No me agarres. No lo necesito; no soy ningún gallina. Que este matasanos haga su cura y después tal vez convenga liquidarlo. Hablaría.

—No conviene, Dave. Su desaparición alarmaría a la Policía.

El médico introdujo la lanceta y fue después raspando. Meg Terry colocó un pañuelo entre los dientes de Dave Cohen.

Al final de la cura, Dave Cohen se había desvanecido. El médico cerró su maletín, y dijo:

—Convendría trasladarlo a un hospital.

—Le acompaño, doctor, hasta su casa.

—Mejor.

Ya separados, preguntó Sanders:

—¿Por qué a un hospital? Usted le ha hecho una cura maravillosa. Entiendo algo de estas cosas.

El médico se detuvo y mirando a Sanders por encima de sus gafas, pareció rebuscar sus palabras.

—Lo siento, señor, pero su amigo tiene que ir a un hospital.

—No le gustará. Nosotros pensábamos alojarnos en el pueblo de Hermance, y allí usted puede visitar a mi amigo.

—Puedo…, pero es preferible vaya a un hospital. Por la sencilla razón de que me temo que su amigo nunca más vuelva a poder andar. Tiene los nervios locomotores de las dos piernas seccionados Nunca más volverá a andar si no es en silla de ruedas. Es un caso de ataxia locomotriz, de parálisis sin curación.

—Entonces…, ¿a qué llevarlo a un hospital?

—Pueden intentar tratamientos eléctricos, aunque sólo para dar esperanzas por sugestión al paciente, ya que es un caso claro de parálisis incurable. Lo siento, señor.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Nada. Si se alojan en el parador de Hermance, ya les visitaré y podremos charlar. Daré esperanzas a su amigo, y usted me explicará si América es el país que estoy buscando para un experimento del cual quiere hablarle, por ser usted americano.

—Hasta pronto, doctor.

Regresó Sanders, pensando que no debía anunciarle la noticia a Dave Cohen. Saberse paralítico podría desencadenar en el pistolero un violento ataque de desconfianza, ya que en lo sucesivo no podría intervenir en la búsqueda del sumergido blindado.

—Dice el médico que vas a estar unos cuantos días sin poder andar, Dave.

—¡Maldita sea! La mala suerte empieza.

—No tal. Nos vamos al parador de Hermance y mientras recobras el uso de tus piernas, planearnos concienzudamente la pesca de los cofres del blindado.

—Eso es, Dave —terció Meg Terry.

—Hay muchos inconvenientes. Primero, que bajo el agua la presión impedirá la apertura de las puertas del blindado. Discutiremos eso después. Ahora tenéis que trasladarme a Hermance.

—Es sencillo. El médico nos servirá de excelente presentación. Atestiguará tácitamente que somos unos turistas americanos; yo periodista, que sufrimos un accidente perdiendo el sidecar. Está interesado en no sé qué cosas de América, y se le ve muy alejado de las cosas de este mundo.

—Podemos probar, ¿no es verdad, Meg?

—Sí, Dave. Ahora necesitamos dormir. Estamos rendidos.

A media, tarde regresó Sanders a la casita del doctor, el cual, muy gustosamente, ofreció su tartana, un carricoche cubierto, con dos bancos para sentarse, y tirado por un brioso caballo percherón.

—Pregúntale qué tal son los hoteles de Hermance —dijo Dave Cohen, una vez estuvo tendido a medias en un banco y apoyándose en su novia.

Rió el doctor cuando Sanders tradujo la pregunta.

—En Hermance el mejor hotel es el «Parador Alpino del Lago», por la excelente razón de que es el único hotel. Es bueno, limpio y de sana cocina. Conozco a los dueños. Son como yo, muy discretos. Aludo a la discreción, por lo que se refiere a que no les importa quiénes sean sus huéspedes, con tal de que se comporten bien mientras están alojados en el parador.

—Que te hable de lo que desea saber de América —insinuó Cohen, cuando Sanders le hubo traducido parte de lo dicho por el médico.

—Es muy largo de contar, señor…

—Kirk Malers, periodista.

—Celebro que sea periodista, señor Malers. Así estará más capacitado para oírme, y tal vez para, ayudarme —dijo el médico, con los ojos brillantes de un entusiasmo íntimo—. El mundo está agitado por guerras, no hay paz, y vamos a la gran catástrofe. Ríase cuanto quiera, señor periodista, pero yo he encontrado el medio de

que en el mundo reine pronto una paz eterna.

Miró el médico de reojo a Sanders, que se sentaba junto a él en la banqueta de conducción.

Impasible, Sanders replicó:

—Éste es el deseo de toda la gente de buena voluntad, doctor.

—Sí, pero los que la tienen no hacen nada. Yo he encontrado el medio y podría, empezar en Norteamérica, el país, que acepta las novedades, aunque mi plan tiene cientos de años, porque se basa en lo que un francés llamado Fourier trató de realizar bajo el nombre de falansterios.

—¿Falansterios?

—Partimos primero de una base-raíz. ¿Cuáles son los males que impulsan, a la humanidad, a matarse? La ambición, el afán de poder y la miseria nacional.

—Seguro. Permítame que lo traduzca —y Sanders lo hizo.

Dave Cohen sonrió disimuladamente.

—Dale coba, Sanders. Dile que yo soy un ricachón que puedo ayudarle en sus necedades. El tipo está como una chiva, y nos conviene nos adore.

—Dice mi amigo que cuanto usted va diciendo le interesa sobremanera.

—Mi idea es la siguiente: aunque sólo seamos mil seres humanos felices, bastaría, si con ello lográbamos demostrar a los demás, donde reside la felicidad.

—¿Y dónde reside?

—En despreciar el dinero.

—Algo difícil de inculcar, doctor.

—Hoy, no. La humanidad empieza a estar fatigada.

—Más que nunca hay ambiciosos, doctor.

—A estos que les acoja el propio infierno de sus vidas. Pero para los sensatos, los desengañados, los míseros, yo he planeado algo muy sencillo. Comprar una gran extensión de terreno donde fuera y dedicarse solamente a los oficios precisos para la vida. ¿Qué necesitamos de naturaleza? Comer, vestir, dormir, procrear y divertimos. Supongamos que yo encuentro el dinero necesario…, y creo que lo encontraré. Enrolo familias pobres y les destino una casa elemental con campo para cultivar, establos, estanques, y tiene

ya el alimento y los tejidos. ¿Necesito zapatos? El curtidor de mi Arcadia me los proporciona si yo le doy a trueque un saco de patatas. Otro le dará pan. Otro, carne.

—Sólo de pan y carne no vive el hombre, doctor.

—Haremos teatros para nosotros. Habrá salas de baile para ayudar a fundar matrimonios. Nada como el baile para, si es honestamente vigilado, fomentar el deseo entre los jóvenes. Habrá… Bueno, me estoy entusiasmando, y estamos llegando ya.

—Dijo usted que, iba a encontrar el dinero.

El médico, después de acariciar las ancas del caballo, afirmo:

—Seguro. ¿El blindado no contenía las reservas oro y las joyas de Epinal, el de Dijon?

Kirk Sanders aspiró hondamente, como si el fragante aire balsámico de los pinos por entre los que atravesaba el carricoche, fuera deliciosamente reconfortador.

El médico añadió:

—No se moleste en negar ni discutir, señor periodista. Lo sucedido es para mí pura tesis científica. Tengo sesenta y tres años, y mucha tolerancia. Sé solamente que ayer sonó indebidamente la alarma del *tocsin* en el pueblo de Dijon, y cómo lo sé, es sencillo. Esta mañana ha llegado, y se fue minutos antes que usted viniera, un policía de fronteras, para que le dijese si había visto pasar un blindado conducido por una sola persona y seguido por dos motocicletas. Me informó que este blindado atravesó la frontera en Ginebra. Que andan buscando su pista, que parece haberse esfumado como, si el blindado hubiese volado. No me describió a ninguno de ustedes tres, por cuanto no les conocen ni saben quiénes son.

—Está usted equivocado, doctor, y es natural que nos relacione con este blindado desaparecido, pero… somos lo que le dije.

—Ya sé. Y así seguirán siendo para los del parador, que tan pronto piensen abandonar su alojamiento me lo comunicarán. Han dado ustedes muerte a seis personas: la familia Epinal, menos la hija, que milagrosamente se salvó, porque el brazo de su madre estaba atravesado sobre su pecho, y así no recibió las balas destinadas al suyo. La madre, muriendo, salvó con su brazo a su hija.

—¿Por qué nos relaciona a nosotros con este crimen, doctor?

—Dijo la hija Epinal, que el supuesto motorista que luego les arrojó lacrimógenas, tenía un fuerte acento norteamericano. No supo describirlo por las gafas, el casco y el cuello alzado del cuero del chaquetón.

—Suponga que realmente fuéramos lo que piensa; ¿se da cuenta de que corre peligro su vida?

—En el intervalo de ocho horas entre su ida y vuelta, escribí unas líneas, que lacré, escribiendo encima: «Para entregar, en caso de ausencia prolongada, a mí amigo X». La criada que llega a las siete lo llevó ya. En esta carta, les describo a los tres, rápida y certeramente, con ojo de médico. No hay cuidado de que abra mí discreto amigo X la carta, si yo no estoy ausente más allá de dos días, que es la máxima ausencia que me he permitido. Todo fue una inspiración veloz como el fulgir de un relámpago. Ustedes me proporcionarán el dinero suficiente para que yo inicie mi falansterio en Norteamérica: el sueño ideal de toda mi vida.

—Han muerto siete personas, doctor.

—Paso por alto este detalle, por cuanto por mi plan, serán millares las personas que encontrarán la verdadera vida.

—¿Cuánto pide para su plan, doctor?

—Me contentaré con diez millones. Éste es el parador. Agradable, pintoresco y al borde del lago mismo. ¿Qué busca con tanto ahínco, señor periodista?

—¡El puente! ¡Aquí había un puente ayer noche!

CAPÍTULO VI

DOS MUJERES EN BUSCA DE UN HOMBRE

El agente Jack Sullivan, perteneciente al
F. B. I.
, y que por su dominio de los idiomas francés y alemán, había sido enviado distintas veces a Europa, en busca de criminales huidos, era refractario a todo enamoramiento desde que se había, divorciado cuatro veces, jurando la última que nunca más miraría a una mujer.

Pero Jessica Blending era deliciosa, una rubia delicada pero a la vez de firmes líneas muy redondeadas, «como un anuncio de
Coca-Cola
», pensó al verla el agente por vez primera.

Había sido en Le Havre, después de la fuga de los cuatro, de Alcatraz. El
F. B. I.
, cuando averiguó ya que habían abandonado el Canadá, camino de Francia, encomendó la tarea de capturarlos a Jack Sullivan.

Y Jack Sullivan, haciendo sus pesquisas, regresó al hotel para liquidar su cuenta, porque tenía ya otra pista.

El gerente, muy amable, y con la sonrisa equívoca, le dijo que en el salón le esperaba una «damita muy gentil y decidida».

—¿A mí? ¿Seguro?

—Preguntó por el señor Sullivan, Jack Sullivan, procedente del Canadá.

—Ése soy yo. Pero debe tratarse de un error.

Se encaminó al salón señalado por el gerente, y lo primero que vio fueron un par de piernas tan bien moldeadas, que se olvidó de

sus cuatro divorcios, cuando detalló el resto de la anatomía y rostro de la esplendorosa Jessica Blending.

Ella se levantó, preguntando en inglés matizado de acento yanqui:

—¿El señor Sullivan?

—El mismo.

—Soy Jessica Blending.

—Encantadísimo. ¿En qué puedo servirla?

—Usted es del
F. B. I.

—¡Caramba! No lo he ido pregonando por las calles.

La exquisita rubia, vestía de luto, y Jack Sullivan siempre había tenido una debilidad muy masculina hacia las prendas femeninas de este color.

—Tengo un lejano pariente en el
F. B. I.
, que fue quien me dijo que usted había radiado su salida en avión desde Vancouver. Pude coger el avión siguiente, y aquí estoy.

—Lo veo. Pero no acabo de entender…

—Soy Jessica Blending, hermana de Malcolm Blending, el dueño del club de juego «Merriman», de San Francisco, asesinado por Burt Forbes.

—Mis condolencias, señorita. Precisamente voy tras la pista de los cuatro evadidos. Han adquirido un coche, y partieron hacia el Este. Voy a ponerme en camino.

—Yo con usted, hasta el final.

—¡Qué más quisiera yo! Perdón, quise decir, que estoy en comisión de servicio y me es imposible, por más que me agradase, disfrutar de su compañía.

—Hágame el favor de leer esto.

Sacó ella de su bolso un extraño objeto. Era un tubo que parecía de carmín de labios. Llevaba en su metal cromado una letra grabada: «F». Desenroscó Sullivan el tubo, que otras veces le había servido para identificar un agente femenino y recibir a la vez instrucciones en sus misiones secretas por Europa.

Leyó el cifrado, cuya clave se sabía de memoria:

«Hermana de Blending, nombrada, agente femenino

para busca y captura Forbes. Puede serle gran ayuda, porque dispuesta a todo».

Jack Sullivan encendió un cigarrillo con la llama del papel cifrado. Devolvió el tubo a Jessica Blending.

—¿Cuántos años tiene usted, señorita? No es pregunta necia, ya que es lo suficiente joven para no quitarse, sino añadírselos.

—Veintiuno.

—Tengo yo treinta y seis y…

—Me lo esperaba.

—¿El qué?

—Ahora se sentirá paternal y procurará señalarme todos los peligros que para una jovencita supone recorrer el mundo a solas, o acompañada de un bizarro agente del F. B. I, veterano y acostumbrado a diálogos a tiros con delincuentes.

—Es usted lista. Esto iba a decirle.

—Está dicho. Voy con usted, señor Sullivan.

—Usted supone que puede serme útil, y yo no veo cómo. Pero la pista está fresca, voy a seguirla antes que envejezca y muera. He alquilado un «fotingo» destartalado, pero con buen motor. Si lleva mucho equipaje, déjelo aquí y llévese lo esencial.

—Enseguida estoy.

Jack Sullivan se dirigió al viejo coche que aguardaba fuera del hotel, y sentóse al volante, suspirando.

Su larga y desafortunada experiencia le hacía presumir que ella, pese a asegurar «enseguida estoy» con aquel mohín tan sugestivo que pedía besos, tardaría su buena media hora.

Era bonita de sobras, pero, al fin y al cabo, una mujer. Un adorno precioso para las tardes, entre cinco y siete, nada más. Pestañeó defraudado en su filosofía escéptica, porque a su lado se sentaba Jessica Blending con un maletín-neceser, único bagaje, que colocó en el asiento de atrás.

—Gracias —dijo él, pisando el embrague.

—¿Por qué?

—Tardó sólo dos minutos.

—Soy agente del

F. B. I.

; por lo tanto, necesito olvidar estas costumbres femeninas de hacer

esperar. Ya no soy una mujer.

—«¡Gosh!» —rió Sullivan—. Es usted muy mujer, señorita Blending.

—Acortemos los tratamientos, Sullivan. Y ya que tiene usted treinta y seis años, no será ningún castigador como esos imbéciles jovencitos, que enseguida se propasan.

—El propasarse es cuestión tan sólo de audacia y es enfermedad que empieza a los veinte y termina en los setenta o por ahí.

—¿Usted se las da de gracioso, no?

—Procuro reírme mientras estoy descansando.

—¿Dónde vamos?

—Un paseo muy entretenido. El coche adquirido por los cuatro evadidos que van acompañados por una mujer, Meg Terry, la novia de Dave Cohen, tiene, como es natural, una matrícula. Pero es posible que ellos la hayan cambiado, casi seguro. Entonces, en cada pueblo, tengo que investigar sí ha pasado un coche de tales y tales señas.

—Así tardaremos años.

—Dígame un medio más eficaz, agente Jessica.

Ella deslizó bajo sus pestañas una mirada de reojo al conductor:

—Telefonee a todas las comisarías en un radio de cien millas.

—Buena idea, si el coche de los cuatro y la mujer-*gángster*, hubiera arrancado hoy o ayer. Pero arrancó de Le Havre, hace exactamente seis días.

—¿Quién recordará éste, coche después de seis días?

—Mucha gente. En el café donde desayunaron, en el estableo donde compraron cigarrillos, en el kiosco donde adquirieron periódicos, en la barbería donde se afeitaron. Usted, agente Jessica, no se puede figurar, la cantidad de pistas que así se obtienen, si se sabe preguntar. De todos modos hay en usted vocación. Y, dígame, ¿por qué tanto empeño en cazar a Burt Forbes?

—Mató a mi hermano.

—Tengo en la memoria uno de los informes, sobre los cuatro casos de los evadidos. Se mencionaba, y corríjame si me engaño, que Jessica Blending estaba reñida con su hermano Malcolm, porque éste se oponía a que ella se casase con el guapo Burt.

—¡Era mi hermano, y él lo mató!

—Desgraciadamente, el amor es un adoquinazo que atonta. La

prueba está en que si usted se ve con Burt Forbes, antes de que yo pueda esposarle, él la demostrará que si mató a Malcolm fue en un arrebato pasional, excusable, al negarse Malcolm a sus reiteradas peticiones de boda con usted.

—Hemos llegado a un pueblo. ¿Qué misión me encomienda?

—En esta hoja de bloc está la descripción exacta del coche. Podría preguntar en los cafés, pero seguimos ruta, ya que ésta es la única carretera general. Es lógico suponer que no se detuvieron aquí, puesto que dista cinco millas de Le Havre.

Un día después, Jessica Blending tuvo que reconocer que no en vano el
F. B. I.
tenía tanta confianza en Jack Sullivan, que parecía seguir con la vista la marcha de un coche que pasó por el camino que él seguía ahora, siete días antes.

Pero fue ella la que «descubrió» el paradero de los *gangsters*. Había comprado prensa francesa, aunque dificultosamente podía leerla. Debido a los acontecimientos militares, se prestaba poco espacio a los sucesos. Pero lo sucedido en Dijon merecía una columna.

—¡Mire, Jack! —exclamó ella, excitada.

Jack Sullivan siguió conduciendo, impertérrito. Replicó:

—¿Un modelo de la casa «Melosa», de vestido de noche llamado «Suspiro tierno a la luz del candil»?

—¡Ellos! ¡Han atracado en Dijon! Mire, aquí lo dice. Uno de los motoristas tenía un fuerte acento norteamericano, y por el empleó de las lacrimógenas fabricadas ingeniosamente en forma que pudiéramos llamar casera, deducen que son *gangsters* americanos los que…

—Léame lo que dice, o, mejor, coja el volante, Jessica. Yo me leeré este reportaje.

Cuando terminó de leer, Jack Sullivan se echó el sombrero hacia atrás, y comentó:

—No hay duda. Es un golpe preparado por Dave Cohen. Y no me extrañaría que el atractivo joven americano y supuesto periodista, que hizo amistad con la única superviviente Marthe Epinal, fuera Burt Forbes. ¡Vamos a Dijon sin etapas!

Llegaron a Dijon, fatigados y con grandes deseos de dormir. Y

ella aceptó meterse en cama, mientras el agente iba a comisaría.

A las siete de la mañana, una doncella entró el desayuno, y tuvo que llamar varias veces, a Jessica Blending, que al final se incorporó asustada, diciendo:

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana, señorita.

—¡Atroz! ¡Si me dormí a las siete de la tarde!… ¿Y el señor Sullivan?

—La espera en el comedor, señorita.

Jack Sullivan se limitó a saludar con su *croissant* empapado de café con leche, cuando ella se sentó, frente a él, en el comedor.

—A este paso, agente Sullivan, nunca…

Con la boca llena, él replicó:

—Comer y dormir son malas costumbres que adquirí desde mis años infantiles. Déjeme comer; ya termino.

Cuando se secó la, boca, explicó:

—Están en Suiza. La policía francesa está interesadísima en cogerles, y no escaparán, por más hábil que sea Dave, ayudado por Sanders, mi antiguo compañero.

—¿A qué esperamos para ponernos en camino?

—A que usted se quede aquí, esperando.

—¡Soy tan agente como usted, y voy con usted!

—A la fuerza, no, Jessica. Por una razón muy lógica. Yo no quiero cazar zorro. Agazapados, disparando desde lejos cañonazos.

—No comprendo.

—Usted es el cañonazo.

—¿Es que supone que puedo apreciar sus pretendidos chistes?

—No hay chiste. Burt la conoce y, al verla conmigo, huirían.

—Acaba usted de decir que Sanders es compañero suyo.

—Pero no me conoce personalmente. Él trabajaba en California, y yo, en Oregón. Éramos compañeros porque pertenecía él al
F. B. I.
Resumiendo: usted no viene conmigo. ¿Es a mí? —preguntó él, sorprendido, al ver acercarse a una muchacha enteramente vestida de negro.

Y pensó que, por lo visto, ellas sabían que le gustaban así. Se levantó porque la recién llegada le miraba interrogante, pareciendo esperar en pie a que se aproximara.

—¿Es usted el señor Sullivan?

—Sí, señorita —dijo él, pensando que su fama era mucho más crecida de lo que suponía.

—El comisario me ha dicho que usted es un agente federal de la policía norteamericana, y que sigue la pista de Burt…, Burt Forbes, que se hacía llamar aquí Burt Corbett.

—El comisario la informó adecuadamente para usted, indiscretamente a mis efectos.

—Me llamo Marthe Epinal.

—De veras acepte mi condolencia. Fue un acto brutal, y ellos pagarán tal crimen. Se lo prometo.

—Quiero ir con usted, señor…

—¡Ah, no, hija mía! ¡No, no! Precisamente estaba convenciendo a aquella señorita, antigua novia de Burt Forbes, de que… Escuche; es imponible, no ya por el peligro que supone ir tras la pista de estos *gangsters*, que no vacilarán en recurrir a los medios más extremos, como desgraciadamente ya comprobó muy dolorosamente, sino porque Burt, al reconocerla, estropearía todo mi trabajo. Lo siento, pero yo no consentiré en que usted pierda la vida por un afán muy natural de personal venganza. Dígaselo asimismo, señorita Blending —invitó él a la americana, que se había acercado.

Jack Sullivan salió del comedor, y estaba ya en su coche, cuando Jessica Blending apoyó el pie en el estribo.

—Esto es una cobardía, Jack Sullivan. Usted iba a marcharse solo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Se acabó el juego! ¿No comprende que yo tengo que capturar a cuatro criminales, y no estoy dispuesto a exponerme a un fracaso, por su empeño… en…?

—La muerte de mi hermano no ha sido un juego. La muerte de la familia Epinal, tampoco.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Pero todo se perdería si ustedes vinieran conmigo. Lo siento, pero aparte su lindo pie, porque meto marcha, Jessica Blending. Ustedes dos de nada pueden servirme. Créanlo, y no me guarden rencor. Permanezcan quietas aquí, y les prometo venir a comunicarles la noticia de que los cuatro asesinos están camino de la ejecución, si no los ejecuto yo.

Arrancó Jack Sullivan, y suspiró al alejarse por la carretera. Las

dos estaban muy seductoras con el luto, pero él tenía pocos deseos de obligar a sus familiares, allá en Oregon, a llevar sus trajes a la tintorería.

* * *

Burt Forbes se sirvió de nuevo una copa de coñac. Ronald Winters acabó de leer el periódico.

—¿Y bien, Winters?

—Bebe menos, benjamín. Ataca los nervios. Estamos ya en Suiza, y vamos bien encaminados. Dicen que la misteriosa desaparición del blindado, que parece haberse esfumado entre Ginebra y Thonon puntos del diámetro de una circunferencia de doscientas millas, permite suponer que deben estar ocultos por las zonas montañosas. Ahora bien; ponte al volante del blindado y piensa como debió pensar Dave Cohen. Trata de hacerlo.

—No puedo, Winters. Admiro su tranquilidad, pero yo estoy sobre ascuas. Cada hombre que se acerca a esta terraza, creo que es un policía.

—Estás olvidando algo muy esencial, benjamín. Estás olvidando que puse a tu servicio y al mío los recursos del noble maquillaje, que, bien empleado, hace milagros. Consentiste en sacrificar la belleza de tu físico delator. No temas, pues, nada.

Burt Forbes se había entregado a manos de Winters, que con diversos tubos, de pasta, algodón, parafina y tintura, había convertido la nariz griega de Forbes en chata y de boxeador, desdibujando sus perfectas cejas, y ennegreciendo los cabellos rubio platino.

Al verse al espejo, después de su transformación, Burt Forbes quiso aparentar jovialidad:

—¡No me reconocería ni mamá!

El actor tenía la apariencia de un plácido bebedor de cerveza, rellenas sus mejillas. El monóculo, su tiesura y la sobriedad de su atuendo, le daban el total aspecto de turista británico, de clase elevada.

—Alquilaremos un coche, benjamín, y recorreremos todos los poblados de alrededor del lago. Tengo la idea, de que yo seré el que va a terminar con la carrera de Dave Cohen.

CAPÍTULO VII

EL PARADOR DEL LAGO

Cuando el doctor Dugi hubo presentado a los americanos como «turistas amigos», y, ayudado por Sanders y Meg, Dave Cohen estaba semitendido en la alcoba matrimonial, Kirk Sanders manifestó, en francés:

—Vuelva al anochecer, doctor. Tendré sumo placer en tomar café con usted.

—De acuerdo. Hasta, luego.

Al irse el médico, Dave Cohen gruñó:

—¡Este maldito puente!… ¡Maldito ingeniero, que ordenó destruirlo! ¿Os dais cuenta de lo que pasa ahora?

—Era de noche, y no sabemos dónde cayó el camión —dijo Kirk Sanders—; pero esto puede resolverse Dave.

—¿Cómo, listo?

—Cualquier pueblerino me dirá dónde estaba el trecho en reparación, que fue el que cedió bajo el blindado.

—Y, entonces, solicitarás cuatro buzos que te ayuden, ¿no, tipo listo? O, mejor, pediremos ayuda al Almirantazgo suizo, y que nos envíen un submarino.

—No te acalores, Dave. Lo que Kirk dice tiene sensatez.

—¡Tú, fuera, Meg! He venido observando que cuanto dice Kirk te parece maravilloso. ¡Cuidado contigo! Podré estar lisiado, pero mis dos manos están en perfecta forma. ¡Vete, he dicho!

Meg Terry abandonó la habitación, refugiándose en la contigua… Conocía aquellos arrebatos coléricos del celoso Dave Cohen.

Kirk Sanders levantó los hombros en gesto enojado.

—No fastidies, Dave. Regañas a tu chica porque se limita a aceptar la sensatez de lo que te he expuesto. Estás rabioso porque hay obstáculos, pero razonando… Tú eres el jefe y lo serás siempre, Dave. Yo lo que procuro es irte exponiendo mi parecer, puesto que me lo pides, aunque luego las cosas se hacen como dices, porque para esto eres el jefe. Yo no soy el necio de Forbes, o el abstraído de Winters. Soy de tu pasta, e incapaz de deslealtad.

—Bueno, bueno. Es posible que me haya dejado llevar del genio. Acércate aquí y discutamos el asunto. Primero: hay que indagar dónde estaba el trecho en reparación.

—Lo haré. Todo el mundo habla de lo mismo en el pueblo.

—Después: bucear por la noche, con careta de oxígeno, y un soplete de los que funcionan bajo el agua, para abrir el blindado. ¿Dónde encontrarás esto?

—Lo buscaré, no te preocupes.

—Pero pronto… Nos pueden reconocer. ¡Y pensar que estoy con las patas tiesas, y en el fondo del lago hay noventa millones! ¿Cómo bucearás?

—Ahora mismo; diré que me dedico a pesca nocturna. Tú sabes que se pesca más de noche y…

—¡Bien! Alquila, una lancha. Pero necesitarás una ayuda, para subir a bordo los cofres. Meg irá contigo. Y oye, Kirk… ¡Te mato como a un perro si…!

—No lo digas, Dave porque la ofendes más a ella que a mí. ¿No te das cuenta que Meg sólo tiene una obsesión?

—¿Cuál?

—Tu cariño, Dave. Anda, descansa, y confía plenamente en mí.

—Confié en uno…, ¡y ya vi lo que me pasó!

—Soy de otra pasta, Dave. Descansa, y verás como al despertarte reirás tú mismo de cuanto acabas de decirme.

—Así sea —dijo él, cerrando los ojos.

Pero apenas Kirk Sanders entraba en la habitación contigua, cerrando la puerta, Dave Cohen se dejó resbalar de la cama, apoyando las manos en el suelo, y, arrastrándose, aplicó el oído a la puerta.

Meg Terry había llorado, pero le molestaba que pudiera adivinarlo Kirk Sanders.

Su tono fue seco, al preguntar.

—¿Por qué dejaste solo a Dave?

—Está durmiendo. Y tenemos que hablar, Meg.

—Delante de él, todo lo que quieras.

—Es que es una noticia muy grave para él.

—¿Qué pasa?

—Está paralítico. Nunca más podrá andar.

—¡No! —exclamó ella, sofocando su grito en el pañuelo.

—No he querido decírselo hasta que no terminemos el asunto y estemos en sitio seguro.

—¡No es posible!

—El médico recomendó que lo internásemos en un hospital, aunque sólo para darle esperanzas, a medida que pasen los días y vea que no puede andar. Es cuestión de un corte de nervios, producido por las astillas. No tiene remedio.

—Escucha, Kirk Sanders. Yo no sé llorar cuando me duele mucho el alma. Ahora Dave está indefenso, pero yo vigilaré. Si piensas algo desleal, te mataré.

—Sois dos que queréis matarme. Él me proporcionó la libertad. Es suficiente para que yo obre como lo haría un hombre. Ahora haz lo que quieras, díselo o no se lo digas. Yo voy a buscar lo que necesitamos para sacar los cofres. Tú vendrás por la noche conmigo en la lancha, para izar los cofres.

Kirk Sanders abandonó la segunda habitación, saliendo al corredor. Encontró al médico en el vestíbulo.

—¿Un paseo, doctor?

—Muy a gusto.

Salieron, y, ya lejos del parador, dijo Sanders:

—Usted sabrá decirme cuál era el trecho en reparación. Tenga presente que es algo así como mi cómplice.

—Es fácil. El trecho empezaba a partir de aquel pilón, que emerge, el segundo, a contar desde esta orilla. Fácil cálculo: el blindado se sostiene en el arco, después ceden las traviesas; por lo tanto, el camión se hundió a plomo junto al espigón que sobresale. ¿Les dijo a sus amigos mi idea del falansterio y los diez millones necesarios para llevarlo, a cabo?

—No.

—¿Y eso?

—Dave Cohen le liquidaría, doctor, más pronto o más tarde, Yo percibiré la tercera parte del todo. Puedo regalarle los diez millones, porque, en el fondo, soy un juguete de las circunstancias, y me agrada su proyecto filantrópico.

El médico miró de soslayo al ex agente.

—No sé si es usted más de temer con su amabilidad, o Dave Cohen con su mal genio.

—La humana desconfianza enturbia las relaciones, doctor. ¿Quiere ayudarme?

—Naturalmente. Considéreme casi su hermano siamés. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí. Los que viven unidos por el cordón umbilical, que en nuestro caso son diez millones.

—Yo aconsejaría lo siguiente: que ustedes tres varíen sus físicos.

—¡Bah! Personalmente, nadie nos conoce.

—¿Olvida a Marthe Epinal?

—Tampoco nos conoce. Me oyó hablar nada más.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito careta de oxígeno para bucear, cuerdas de sólido bramante que puedan izar pesos de cincuenta kilos, y un soplete submarino.

—El soplete será difícil. Los sopletes corrientes, sí. Claro que debe haber un procedimiento para envolver al soplete corriente y permitirle funcionar bajo el agua. ¿Quién me había de decir que a mis sesenta y tres años se me despertase el instinto criminal que todos llevamos recóndito?

—Son diez millones, doctor, y su gran ideal.

—Una pregunta, señor… Malers. ¿Usted anhela el dinero?

—Una cantidad para retirarme a vivir lejos de todos y en seguridad. Nada más.

—Está usted siempre triste. Si tengo tiempo, me dedicaré a hacerle un estudio psiquiátrico. Es usted muy interesante. Bien; nos iremos a Ginebra. Soy conocido allí, por las tiendas, y me tienen por un vejestorio excéntrico. Yo efectuaré las compras.

* * *

Meg Terry se arregló los labios, dióse colorete y se peinó antes

de llamar tímidamente a la puerta de separación de las dos habitaciones.

Dave Cohen había ya tenido tiempo de volver a encaramarse, aunque dificultosamente, en la cama, y estaba cara a la pared, febriles los ojos, rabiosa el alma.

¡Paralítico él, con treinta años!

Al oír la llamada, gritó, impaciente:

—¡Entre, quien sea!

Meg Terry se acercó lentamente, tratando de sonreír.

—¿Te he despertado, Dave?

—¡Naturalmente que sí! Ven acá, y siéntate junto a mis piernas. Así… Ahora pasa las manos por ellas. ¡Anda! Sé me ha ocurrido una idea. Para despistar aún más a los posibles sabuesos, voy a hacerme traer un carrito de esos que me hacían tanta, gracia. Estos carritos donde uno se sienta y empujando las ruedas… Pero ¿qué te pasa, boba del demonio? ¿Por qué te echas a llorar y me abrazas las piernas como si fueran… yo qué sé?

—Es que… me duele verte así, Dave.

—Hace siete años que eres mi chica, Meg. Nunca me has fallado, y juraste siempre decirme la verdad. Ahora, palabra por palabra, me dirás cuanto te ha dicho Kirk Sanders.

—¡Ya sabes que sólo te quiero a ti!

—No te desvíes. ¿Qué te dijo? Palabra por palabra.

Cuando ella terminó de reproducir cuanto le había dicho Kirk Sanders, Dave Cohen estuvo en silencio un largo rato. Después de un manotazo apartó el rostro de ella de sus piernas.

—¡No soy un inválido! Estarás muy emocionada ante la generosidad de Sanders, ¿no?

—Parece que quiere cumplir contigo y te tiene ley, Dave.

—Seguro. Hasta que vuele con el oro y las joyas, que es lo que hará. Pero yo se lo impediré. Hay cerca de cien millones en el lago, Meg. Es mucho dinero. ¿Por qué, si Kirk sabe que no puedo moverme, va a darme las dos partes, y se quedará con una sola? Contesta.

—Lo que tú digas, Dave. Sabes más que yo.

—¡Natural! Esta noche, cuando vaya sacando los cofres y coloque el último en la lancha, no ha de volver. ¿Te enteras? No ha de volver.

—¿Qué tengo que hacer, Dave?

—Cuando remonte y te diga que no hay ya más cofres, le darás un golpe seguro en la cabeza, y que se hunda. Después, tú y yo nos iremos lejos… a vivir juntos. Nos casaremos. ¿Estamos, Meg? No me falles, por lo que más quieras.

—Haré lo que me has dicho, Dave.

—No me falles, Meg. Yo no puedo meterme en la lancha. Podría sospechar Kirk. Yo le ganaré por la mano a él…, si cumples como debes.

* * *

—Es usted un hombre leal, señor Malers —decía el médico, mientras la tartana les llevaba a Ginebra.

—¿Por qué?

—Dave Cohen, está inútil.

—Razón de más para, que yo cumpla con él. Robarle sería como quitarle a un niño su muñeca.

—¡Qué lástima que usted haya asesinado! ¡Perdón!…

—No asesiné. Vengué la muerte de la mujer que yo quería. Después, no estrangulé al guardián. Y, por último, cuando llegué junto a los ocupantes de los dos coches, ya Dave Cohen los había liquidado a tiros, y no tomé parte en ello, aunque soy tan despreciable como él, en este sentido.

—Curioso animal el hombre. Usted y yo somos prueba de ello. Hablemos de otra cosa, Kirk. ¿Usted confía en la novia, de Cohen?

—¿En qué sentido?

—Mentalidades de *gangsters*: pueden haber meditado el suprimirle a usted. Comprenda. Usted está bajo el agua, y cuando termine de trabajar, ella, cuando usted suba, le da un buen porrazo, y…

—Hay lealtad entre los delincuentes, doctor.

—¿Sí? ¿Y qué me cuenta de los otros dos que con ustedes tomaron parte en el negoció de Dijon? ¿Dónde están? ¿No los abandonaron?

—Variemos de tema, doctor.

—He pensado que yo puedo pescar con usted esta noche. Entiéndame, no bajo el agua, sino en la lancha. Daría más

verosimilitud a su busca nocturna.

—Es imposible. Ellos dos no aceptarían, y tenga presente que si estuvieran dispuestos a liquidarme, con más razón a usted.

—Es verdad. Oiga. ¡Qué tipo más espléndido de *gentleman* inglés este que acaba de pasar!

—¿Dónde?

—En aquel coche que va hacia Hermance. Al volante iba un hombre con cara de boxeador.

—Le vi.

—¿No se fijó en el otro sentado atrás?

—No.

—Era el clásico caballero inglés. Época de turistas y de los que huyen de sus patrias, temerosos ante el avance alemán. Habrá por aquí, ahora, muchos espías.

—¿No podría usted obtenerme una escafandra?

—No. Eso sí que no lo hay por esta tierra, creo yo. Estoy pensando, Kirk, que mí deber moral es denunciarles a ustedes.

—Hágalo, doctor. En el fondo, usted me es simpático.

—Si lo hago, ¡adiós mis diez millones!

—¿Confía en que yo se los dé?

—Plenamente, Kirk, plenamente.

—Gracias, doctor. Es pueril, pero ahora que he rodado toda la pendiente del crimen, me reconforta oírle decir que confía en mí.

* * *

—¡Para, benjamín! —¿Por qué, Winters?

—¡Era Kirk Sanders el que iba en este carricoche que hemos dejado atrás!

—No vea visiones, Winters. Era un viejo con gafas, y cara de conejo asustado.

—¡Te digo que era Kirk Sanders! Me apearé e iré a preguntar por este pueblo. Tú, sigue al carricoche discretamente, y no tengas temor. No te puede reconocer.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En la terraza del mejor hotel de este pueblo.

Ronald Winters, apoyándose negligentemente en su bastón, ajustado el monóculo, en la órbita de su arcada izquierda, alzaba el

mentón, y andaba a pasos mesurados.

Llegó al parador del lago, cuando se informó que era el único hotel de Hermance.

En el mostrador de registro, le saludó un mofletudo cincuentón.

—*Good afternoon, sir*…

—Buenas tardes, buen hombre —dijo, altivamente, Winters—. Deseo dos habitaciones para mí y mi secretario particular. También puede informarme si hay perros, niños o enfermos en su posada.

—En mi parador no hay más que turistas, intelectuales, señor.

—Aborrezco la gente ruidosa, y espero, pues, que no habrá norteamericanos en su fonda.

—En mi parador hay una dama y dos caballeros americanos, pero son honorables y silenciosos, *sir*. Los recomendó el médico Dugi, que precisamente acaba de salir en compañía de uno de mis huéspedes americanos.

—Bueno, bueno. No me agrada oír indiscreciones. Deme las dos mejores, habitaciones, con baño, y comidas en privado. Aborrezco la gente viéndola cenar. Cuando, llegue mi secretario, que suba inmediatamente a mis habitaciones.

—¿Cómo reconoceré a su secretario, señor?

—Conduce un «Citroën» catorce, amarillo, y me buscará por las terrazas. ¿No hay ascensor en esta posada?

—Todavía no, señor.

Cuando, precedido por una criada, se marchó Ronald Winters, el fondista musitó:

—¡Ah, si no fuera por las libras esterlinas, pronto te iba yo a dar habitación con baño, so orgulloso! Pero iba a ser un baño de tomatazos…

* * *

Jack Sullivan sentía algo así como, un leve remordimiento. No tenía ínfulas de caballero andante, pero le parecía que había dejado en la estacada a dos gentiles muchachas desamparadas.

Pero no era un particular en excursión de placer y turismo, sino un agente con un deber y una obligación.

Se apeó de su coche en la bellísima ciudad de Ginebra, dispuesto a emprender las pesquisas que le condujeran a la pista del

misterioso blindado que parecía haberse desvanecido en el aire.

Contempló el gran lago y los boscosos ejércitos de pinos. Súbitamente se le ocurrió una idea que le hizo darse una palmada en la frente, y, remedando al griego, exclamó:

—¡Eureka!

Era, una deducción lógica. El blindado habíase perdido, según decían todos los pesquisantes, en la circunferencia formada por el gran lago Leman y sus caminos de la orilla.

Sonrió Sullivan al ocurrírsele la segunda idea. Le tacharían de absurdo y excéntrico, y, sin embargo, él veía en su idea la solución del problema.

Cohen y su banda no contemplarían con los brazos cruzados a los que explorasen el lago. Movilizar una brigada de buzos y hacer sondeos…

Se abatió su entusiasmo al pensar en una cosa. Lo lógico era que Cohen, tras vaciar el blindado, lo hundiera, y, por lo tanto, estarían ya lejos.

Indudablemente habían sumergido el blindado en el lago, pero una vez despojado del contenido.

Paseaba por la avenida de las tiendas, cuando, de pronto, sacó de su bolsillo la cartera, que contenía varias fotografías de frente y perfil de los cinco componentes de la banda de Cohen.

Aquel hombre que esperaba en una tartana, de la cual acababa de descender un viejo con gafas y cara de soñador distraído…, ¡era Kirk Sanders!

Era exactamente su perfil, ceñudo, voluntarioso, el mentón hundido y el entrecejo sobresaliente, característico.

Jack Sullivan fingió interesarse en un escaparate de la acera de enfrente, en cuyos cristales, por el reflejo, vio como el viejo de aspecto de filósofo introvertido penetraba en un almacén de artículos para el deporte de la pesca.

Fue mirando en rededor, por si algún otro componente de la banda rondaba. No había más que un coche detenido a unos veinte metros atrás de la tartana, y al volante un joven de clásica facies de boxeador, y negrísimos cabellos cortos, cortados en cepillo.

Jack Sullivan cruzó el dedo índice y el mayor de mano zurda, para no ahuyentar la suerte que había tenido. Recordó las palabras de su maestro: «Creemos que en la vida mandamos en nuestros

actos, y todo es obra del azar, la eterna casualidad, que yo llamo Destino».

Tardaba el viejo en salir. Por fin lo hizo, cargado de voluminosos paquetes, que le ayudaba a llevar un dependiente.

Subió a la tartana y Jack Sullivan fue apresuradamente hacia su coche. Arrancó, y se dio cuenta entonces de que él otro coche, el conducido por el boxeador, arrancaba también y seguía lentamente en la misma dirección que la tartana, que se detuvo poco después ante una tienda de artículos metalúrgicos.

Jack Sullivan entró en la tienda de objetos para pesca. Preguntó por el dueño, sin dejar de observar a la tartana detenida.

Llegó un sujeto, al cual Sullivan mostró la placa especial de la policía francesa, obtenida en Dijon.

—Dígame. ¿Quién es este hombre viejo que vino a comprar ahora mismo?

—El doctor Pierre Dugi, un caballero honorable. Médico de la aldea de Jussy.

—¿Qué compró?

—Seguramente piensa dedicarse a la pesca submarina. ¡A su edad, figúrese! Por cuanto compró una carena de oxígeno, unas aletas de rana de goma para los pies y bramante del más grueso. Le atendí yo mismo, y quería asegurarse que los bramantes podían aguantar pesos aproximadamente de cincuenta kilos.

—¡Gracias, y no hable de lo que le he preguntado!

Salió corriendo Sullivan, porque ya la tartana reemprendía la marcha, y poco después lo hacía el coche conducido por Burt Forbes, cuyo rostro modelado por Ronald Winters nada le decía al agente del
F. B. I.
, que se instaló al volante.

Empezaba a obscurecer, cuando la tartana entraba en la carretera de Jussy a Hermance.

En el pescante, Kirk Sanders murmuró:

—El coche conducido por el tipo con cara de boxeador nos sigue, y antes nos cruzó cuando íbamos a Ginebra.

—Es rata de turistas, Kirk. Estará contento, puesto que obtuve un soplete que puede funcionar sumergido. No creí que lo tuvieran, pero, al parecer, es muy usado en obras de construcción de puentes.

Me preguntaron si iba a construir un puente. Dije que sí.

Estuvieron unos momentos en silencio, hasta que el médico volvió a proponer:

—Piense en lo que le dije. Yo, en la lancha con ustedes dos, y nadie sospechará de nada.

—Tampoco sospecharán sin su presencia. La pesca nocturna es un deporte muy propio para turistas que se pasen el resto del año encerrados en sus oficinas.

—Sí; pero la pesca submarina de noche, creo que podrá extrañar a algún mirón, que les observe desde la ventana del parador.

—No hay luz allí, y, además, con esta sola noche bastará.

—Me agrada su confianza en sí mismo, Kirk. ¿A qué hora empezará a bucear?

—¿Para qué desea saberlo?

—Para más o menos saber a qué hora debo aparecer para conseguir su donación a mi futuro falansterio.

—Aguardaré a que todos duerman en el parador, aunque estaré en la lancha hacia las once. Y tenga cuidado, doctor, porque cuando regresemos con la lancha los millones pondrán a Meg muy recelosa.

—Le esperaré donde usted me diga.

—En su propia casa. Tiene mi palabra de que le llevaré sus…, mi donación a su gran proyecto de pacificación mundial.

Capítulo VIII

LA Muerte SE Invita A Cenar

Al entrar Kirk en el parador, después de que la voz de Dave Cohen, le hubo invitado, depositó los paquetes que llevaba en varios sillones.

Al volverse y buscar en la cama el cuerpo tendido de Cohen, no lo halló. Vio sólo a Meg Terry, y de pronto se sobresaltó.

En una esquina del cuarto, junto a la cortina, y al parecer mirando por la ventana, estaba Dave Cohen, sentado en una silla de ruedas, sobre las cuales apoyaba las manos.

—Hola, Kirk —dijo, volviéndose lentamente, haciendo girar las ruedas y acercándose al ex agente, que sorprendido y molesto, permanecía en silencio—. ¿Qué te parece el truco? ¿Quién buscará a Dave Cohen, el ágil pistolero, en la persona de un inválido metido en su cochecito de ruedas? He vuelto a la infancia… Me inspiro, la idea eso de tener las piernas, dañadas. ¿Qué te parece, el truco? —repitió, irónico.

—Bien pensado, Dave.

—Meg se dispuso a buscarme esta sillita, y resultaba que en el parador tenían una, dejada por una inglesa que no quiso llevársela a la tumba. Estás pálido, Kirk. ¿Qué te sucede?

—Impresiona verte así, Dave. No es más que eso. Hice las compras, mejor dicho, me hice ayudar por el médico, para no inspirar sospechas, y así ya corre la voz de que me dedico a la pesca nocturna. Pero hay algo que no me gustó.

—¿De qué se trata?

—Al ir a Ginebra, crucé con un coche conducido por un tipo con

la cara clásica de boxeador. Después venía tras de mí al regresar, y se ha apeado ante la rotonda del parador.

—¡Meg! Vete a indagar. Anda, entérate quién es el boxeador ese.

Salió ella, y, ya en la puerta, Dave Cohen la llamó, para añadir:

—Averigua quiénes son los huéspedes nuevos que hoy se hayan alojado aquí.

Fuese ella, y Dave Cohen resumió:

—Comprende una cosa. Kirk. Antes de cogernos, lo que les interesa es saber dónde está el blindado, o si hemos sacado los cofres. Esto suponiendo que haya habido algún policía lo suficientemente hábil o con suerte para dar con nosotros.

—No ha habido tiempo material, aunque temo algo, Dave.

—¿El qué? Siéntate, porque en pie delante mío me empequeñeces. ¿Qué es lo que teme el hombre de los nervios de acero y gran talento del Departamento Federal?

—Eso mismo. Que el Departamento Federal, por el escarnio que supone para él que se haya evadido uno de sus antiguos miembros, haya enviado a varios agentes a capturarnos.

—Mañana, cuando despunte el día, estaremos lejos, Kirk. Esta noche cenaremos los tres abajo, como tres buenos burgueses de vacaciones. Inspiraré hasta lástima, créelo, Kirk. ¿No te inspiro lástima?

Y la risa del *gángster* tuvo un truncamiento que parecía un sollozo rabioso. Kirk Sanders empezó a desempaquetar las compras hechas por el doctor Dugi.

* * *

Ronald Winters sonrió al ver entrar en tromba a Burt Forbes.

—Tenía razón, Winters. ¡Era Sanders!

—Ya lo sabía, hijo. En el registro me notificaron que tres americanos silenciosos y honorables, recomendados por el médico, estaban en este parador.

—La tartana del médico se detuvo ante una tienda de objetos de pesca, y después… ¡me apuesto lo que sea a que compró un soplete oxhídrico submarino! Por lo tanto, el blindado está cerca, dentro del agua, y el médico es cómplice de ellos. ¿Por qué razón?

—No te tortures las meninges, benjamín. Vamos a trabajar

razonablemente empleando el cerebro. ¿Qué van a hacer los tres?

—Pues… bucear hasta abrir el blindado, extraer el oro y las joyas, y largarse.

—¿Qué piensas que debemos hacer?

—Sin el menor escrúpulo. ¡Liquidarlos! La ocasión será magnífica: los espiamos, y, cuando se dirijan al lago, les dejamos trabajar, y cuando hayan sacado a flote el botín, los liquidamos.

—Siempre quieres liquidar, Burt.

—¡Nos engañaron miserablemente, después de todo el riesgo que…!

—Ten presente que estamos aquí gracias a Dave Cohen, que nos permitió escapar del presidio, y planeó el magnífico golpe. Hay que ser agradecidos, benjamín. Además, emprenderla a tiros o luchar con ellos, supondría alertar al parador, y enseguida, tendríamos a toda la policía sobre nosotros, porque deben andar rondando. Seguro que esta misma noche ellos van a bucear. Tú vas a hablar con Dave Cohen ahora mismo.

—¿Eh? ¿Cómo? Usted bromea.

—Dave piensa en sus noventa millones, y no cometerá ningún estropicio mientras estén en juego, por lo tanto, te comportarás como te voy a decir. Escucha con atención.

* * *

Jack Sullivan se inscribió en el registro del parador, dando como procedencia, Francia y apuntando apellidos franceses.

Se sentó a tomar el aperitivo en una mesa de la terraza, que a la vez le permitía ver la puerta de salida y el comedor.

Podía detener a la banda, sería su éxito máximo, pero deseaba también poder indicar dónde estaba el blindado y los cofres. Cabía el detenerlos, y después someterlos a interrogatorio.

Estaba en esta meditación, cuando apercibió a Meg Terry, que se acercaba al mostrador del gerente, hablaba un instante, y después, con su peculiar manera impasible de andar y mirar, se acercaba a una mesa, cerca también a la puerta y a la escalera.

Jack Sullivan sentía, el goce que siempre le acometía, cuando se aproximaban momentos tensos. Ahora tenía al alcance de su mano el apresar a la banda, lo cual suponía estudiar un plan, para evitar

que ninguno se escapara.

Tomó su aperitivo con gran satisfacción, y pensó que en ausencia de Dave Cohen, Meg Terry gustaba de flirtear, al verla como dedicaba una ojeada prometedora al joven boxeador moreno, que acababa de descender las escaleras.

El boxeador que había seguido todos los pasos de Kirk Sanders, ¿sería un agente del contraespionaje, francés?

* * *

Burt Forbes tenía cierta aprehensión temerosa, pero casi sonrió al ver la actitud de Meg Terry, que, no reconociéndole, parecía invitarle descaradamente a un *flirt*.

Cuando él se acercaba a ella, como si se dirigiera hacia la puerta, Meg Terry enseñó un cigarrillo al borde de sus dedos.

—¿Tiene fuego, por favor?

—Tengo una hoguera para ti, mi vida —dijo Burt Forbes, presentando su mechero.

Ella le cogió la mano mientras encendía, y rió como si acabara de oír un estupendo chiste. Meg Terry sabía comportarse como una vulgar coqueta cuando la ocasión lo requería.

Pero, de pronto, su mano se crispó alrededor de la que le ofrecía fuego. ¡Aquella voz…!

—¡Burt! —exclamó.

Jack Sullivan, en la terraza, miraba a Meg Terry, y vio su repentina sorpresa y sus labios redondeados lanzando una exclamación.

Pero se olvidó de todo, porque lo que veía era asombroso. Por el vestíbulo avanzaba hacia el comedor un sillón de ruedas, empujado por Kirk Sanders, y era Dave Cohen el que estaba sentado en él.

No estaba aún repuesta de su sorpresa Meg Terry, cuando al otro lado de la mesa se instaló con el sillón Dave Cohen.

—Preséntanos a tu nuevo amigo, Meg —pidió el *gángster*.

—Es… Burt —dijo ella, en voz baja.

Kirk Sanders frunció el ceño, y Dave Cohen, tras unos instantes de examinar el deformado rostro, le reconoció.

—¡Vaya, vaya! Progresamos, Burt…, con la ayuda del actor. Chico, lo sentí macho, pero había una barrera de policías por la

carretera segunda, y no pudimos recogeros.

—Buena idea esta de la silla de paralítico, jefe —trató de decir, con serenidad, Burt Forbes.

—Tampoco estás mal tú así desfigurado. Vamos a cenar juntos. Vete a buscar a Ronald.

—Una vez nos has tomado por idiotas, Dave, una vez y no más. Era estupenda tu creación del pulpo humano, pero lo has desarticulado… y puede morirse.

—Estás muy valiente, Burt.

—El que todo lo perdió, a nada teme ya. He seguido a Kirk y he visto lo que ha comprado. Y quiero mi parte, nuestra parte, la que nos corresponde a Winters y a mí.

—¿Dónde está tu consejero?

—Donde debe. Cualquier cosa que a mí me pase y él…

—Pero, muchacho, muchacho —dijo, cordialmente, Cohen—, ¿qué te ha de pasar a ti? Estamos, de nuevo reunidos, y lo celebro de todo corazón.

—Tú eres la cabeza, no el corazón del pulpo, Dave. Y por esto mismo comprenderás que no valen ahora las sucias trampas. Mucho que debisteis reíros, pensando en mí, tocando la campana como un bobo, mientras os largabais con la tajada.

—No seas mal pensado, Burt. Es tu mayor defecto, ya que, por lo demás, eres un encanto, aunque, así maquillado, das asco. Vamos a cenar.

—Una cena que puede ser de muerte, Dave, si no decides de una vez lo que se debe.

—¿La muerte invitada a cenar? No está mal, Burt. Precisamente hoy estoy de un humor fúnebre. Explícale lo sucedido, Kirk. Tal como nos pasó al entrar en el puente.

Lo hizo Sanders, para terminar diciendo:

—… has venido, pues, a punto, ya que yo sólo para bucear tendría mucho trabajo, y cuantas menos horas empleemos, mejor.

—¡Meg! Vete a encargar la cena, delicada y apetitosa. Anda, Meg —y el *gángster* arqueó una ceja, para dar a entender algo a su novia.

—Que no se mueva ella; no es necesario, Dave. Hay camareros. Si lo que quieres es saber con quién vine, pronto te lo dirán, pero yo antes. Ronald Winters encarnó, un completo británico de monóculo,

pero a estas horas se ha ido ya del hotel. Está… esperando lo que pasa.

—Entonces, ¿tú muy heroicamente has venido a jugarte el bigote? Es arriesgado, Burt, si estuviera yo dispuesto, a jugar sucio. Pero ya lo has oído. Irás con Kirk a sumergirte; eres buen, nadador Yo no. Yo me iré a esperaros en el coche. Meg os ayudará.

—No me gusta.

—Estás poniendo muchos reparaos, muchacho… ¿Qué es lo que no te gusta?

—Que tú, chica esté en la lancha, mientras nosotros estamos bajo el agua.

—Que Winters esté en la lancha con ella, si tanto desconfías. Mira, ahora vamos a cenar apaciblemente. Luego terminaremos de redondear el negocio. Estamos entre personas cabales, ¿no?

Hizo una señal Cohen, y el lejano camarero se acercó a la mesa, tomando notas a medida que cada comensal pedía su menú.

Jack Sullivan iba a entrar dentro del comedor, cuando le detuvo un individuo de rostro famélico y ojos brillantes, que apareció en la terraza, descendiendo de un coche.

—¿Sullivan, Jack?

—¿Otro conociéndome?

—Soy detective particular, y he cumplido una misión, porque me la pagaron bien. Le he seguido desde que atravesó la frontera, señor Sullivan, y creo necesario advertirle que una señorita americana está en aquel coche. Se llama Jessica Blending.

—¡Maldición! —Y, corriendo, Sullivan se dirigió al coche, por cuya ventanilla Jessica Blending asomó.

—¡No debía usted haber hecho esto, Jessica! Tres de la banda están, en el parador, y pueden reconocerla.

—¿Tres de la banda? Me asomé antes por el otro lado del parador, y el hombre de cara aplastada y pelo negro es Burt Forbes. Son sus ojos, y es él. ¿Qué va usted a hacer?

—Pretender ahora detenerlos, podría costar la vida de personas ajenas, porque ellos dispararán. Espero, pues, a que se separen, y le prometo que…; pero ¡por favor, que no la vea Forbes!

—Bien. Esperaré aquí mismo.

—Yo voy a, cenar para no perderlos de vista, hasta que llegue el momento de actuar.

* * *

—Doctor, el inglés que cena en su habitación sufre un calambre estomacal y desea ser atendido. Ya que usted nos honra con su presencia esta noche, he creído lógico que…

—Voy. ¿Qué habitación es?



...dándole aspecto de cíclope herrero monstruoso.

—La 13.

—Mal número, si yo fuera supersticioso.

El médico Dugi subió las escaleras, acompañado de su inseparable maletín, donde había todo lo elemental para las más generales dolencias.

Llamó a la puerta del cuarto rotulado con un 13 y le abrió Winters, en su caracterización de rígido británico.

—Adelante, doctor. Le necesito urgentemente.

—¿Qué le ocurre, señor?

—El estómago. No tengo calmantes. Suelo tomar belladona, para narcotizar las paredes.

—Cada cual su profesión, señor. Tiéndase, ¿quiere usted?

Obedeció el actor, tumbándose en un diván boca arriba. El médico le auscultó, le hizo mostrar la lengua, le miró las pupilas, y, por fin, dijo:

—Su enfermedad puede calificarse de imaginaria, señor. Ocurre frecuentemente, que por un reflejo nervioso… ¿Por qué me mira con tanto detenimiento, señor?

—Tiene usted mi estatura y cuerpo. Y sus cabellos son fáciles de imitar. No se mueva, doctor. Lamentaría tener que hacerle un daño irreparable, contra el qué nada puede la ciencia médica.

* * *

—Estás nervioso, Burt. ¿Qué te pasa, muchacho? Ya estamos a punto de ser inmensamente ricos.

—Esta cena es odiosa, porque fingimos los dos estar alegres, y mutuamente nos acechamos.

—Yo no te acecho, Burt. Puedes irte, si te molesta estar aquí.

Miró Burt Forbes en rededor, y, al ver en una mesita del rincón al doctor Dugi, se levantó.

—Me voy a la terraza. Me llamaréis cuando hayáis decidido el plan, y tiene que ser claro. Hasta luego.

Se marchó. Ahora sabía que la nueva caracterización de Winters, perfectamente personificado de doctor Dugi, era una seguridad de que todo saldría bien.

En la habitación número 13, el doctor Dugi, sin ropas, envuelto en una manta, atado y amordazado, yacía en el armario ropero.

—Mal asunto, Kirk —comentó Cohen—. Tú sabes, como yo, que Winters era famoso por sus caracterizaciones perfectas. Nos puede acechar bajo el aspecto menos sospechoso y querer vengarse. Hay que pensar algo para evitar el peligro que supone tener a Winters rondando y pudiendo echar a perder todos nuestros planes.

Burt Forbes, en la terraza, se dirigió hacia un rincón sombreado, que fingía una glorieta, por entre cuyas enredaderas brotaban, amortiguadas, las luces rojas, y azules de las pequeñas bombillas.

Llamó al camarero, encargando un coñac doble, y, cuando lo tuvo ante él, lo bebió ansiosamente.

Oyó un taconeo femenino y pensó en Meg Terry. En el umbral de la glorieta, Jessica Blending apareció.

—¿Me invitas a cenar, Burt? —preguntó, pausadamente, pero sus ojos ardían y temblaba la mano que llevaba hundida en el bolsillo de su largo chaquetón de fina tela.

—¡Jessica! —exclamó Forbes olvidándose de su maquillaje—. ¡No sabes cuánto deseaba verte!

—Y yo, Burt. Estás muy grotesco así.

—Es que… Ya lo supiste, ¿no? Huí… Pero ¿cómo diste conmigo?

—Dicen que los corazones, enamorados están unidos por un invisible hilo.

—Quise siempre explicarte lo que sucedió. Fue un accidente… Perdí los nervios cuando tu hermano se negó a que te siguiera tratando, y tú eras y sigues siéndolo, todo para mí. Pero, siéntate, Jessica, siéntate. Comprendo que estés… que me tengas odio, pero lo hice por ti… Sí, exasperado.

—Me convencerías, tal vez, si tuvieras otro aspecto; pero, así, resultas trágicamente grotesco.

—Escucha, Jessica. Yo haré lo que quieras, pero dame una Ocasión de regenerarme.

—Dejaste en Dijon a una pobre muchacha huérfana. Antes de conocerte, era feliz, Burt.

Burt Forbes se sacó el pañuelo del bolsillo superior, pasándoselo repetidamente por el rostro.

Y fue entonces cuando Jessica Blending extrajo de bolsillo el estilete que había adquirido en San Francisco, prometiéndose clavarlo en el corazón del que había asesinado a su hermano.

Emitió Forbes un gemido cuando el frío del acero penetró en sus

carnes. Vigilaba la mano diestra de la que había sido su novia, y por el nerviosismo de aquellos momentos anteriores cenando, había olvidado que Jessica Blending era zurda.

Ella se levantó, demudada, sintiendo que iba a desvanecerse. Anduvo hasta el coche, como una muñeca dotada de mecanismos.

Subió, sentándose ante el volante, y al detective particular que aguardaba, le dijo:

—Ya nada tengo que hacer aquí. Dígale al señor Sullivan que le espero en Dijon. Y que tenga suerte.

Un camarero entró corriendo en el comedor, y, bajo la mirada severa del gerente, trató de dominarse, acercándose a paso más mesurado.

—¿Qué modales son ésos, Gastón? —reprochó.

—El secretario del inglés. Está muerto. Un puñal en el pecho. No dice nada. Mucha sangre. En la glorieta cuarta.

El camarero se apoyó en el mostrador, mientras el gerente apresuradamente se acercaba a la mesa ocupada por el falso Pierre Dugi.

—Por favor, doctor. Venga conmigo. Parece que él secretario del inglés está muerto.

Ronald Winters se inclinó sobre el cuerpo de Burt Forbes. No le hacía, falta ser médico para ver que estaba muerto.

Se levantó, diciendo:

—Yo avisaré al inglés. Lo dejé durmiendo. Mejor que… —Y tosió, carraspeando—: He cogido frío. Tengo la voz enronquecida. No diga nada, que yo me cuidaré de que no moleste la policía. Iré a comunicarlo, y, mientras, dejen a este muchacho en el cuarto contiguo al del inglés.

Ronald Winters, perplejo, pensó que nadie se había movido del comedor, durante la ausencia de Burt Forbes. Habían terminado de cenar Dave Cohen, Meg Terry y Kirk Sanders, y estaban ahora tomando café.

Jack Sullivan asistió a los movimientos del camarero, del gerente. Y del médico. Salió a la terraza.

Se le acercó el detective particular.

—La señorita Blending se ha ido. Espera en Dijon, y buena suerte. Dijo que ya no tenía nada que hacer ella aquí, señor Sullivan.

En aquel instante, Ronald Winters pasaba junto a Sullivan. Oyó la referencia de Dijon y el nombre de Blending.

Subió hacia el cuarto suyo, y desde el teléfono interior llamó a la gerencia:

—Rueguen de mi parte al señor Malers, el periodista, que suba.

El propio gerente avisó a Kirk Sanders, y, al alejarse, Dave Cohen comentó:

—Este medicucho francés está siempre rondando, Kirk.

—Es nuestra mejor tapadera, Dave. Voy en un momento.

A solas con su novia, Dave Cohen arguyó:

—Quiero terminar pronto con todo esto, Meg, porque iremos al mejor especialista, y curaré. Verás como sí. Pero ahora tenemos que resolver lo de extraer los millones. Sugiere algo, Meg.

Kirk Sanders entró en la habitación número 13. Ronald Winters tosía, cubriéndose la boca con un pañuelo.

—¿Qué hay, doctor?

El actor Winters tenía excesiva confianza en sus dotes interpretativas. Iba a perderle su seguridad en que, una vez caracterizado, no podía nadie identificarle. Otras veces, en juegos de sociedad, había imitado a cualquiera de los concurrentes, y nunca había sido adivinado.

Pero Kirk Sanders no había sido en vano un agente del
F. B. I.

—Estoy acatarrado, Malers. ¿Sabe lo que ha sucedido? Han matado a Burt Forbes con un puñal, y ha sido Jessica Blending, Abajo hay un hombre que debe ser policía. Viste traje cruzado gris, y tiene perfil de halcón. Le llamaron Sullivan.

El puño diestro de Kirk Sanders se estrelló contra la mandíbula del fingido doctor, y Ronald Winters cayó cuan largo era, de espaldas, sobre la cama.

Cuando recuperó el sentido, se vio en pijama y atado en la cama, amordazado con la misma, destreza con que había sido inmovilizado.

El doctor Dugi terminaba de revestir sus ropas.

Kirk Sanders cerró la puerta por fuera, guardando la llave.

—Ahora, doctor, haga lo que le he dicho. Pasó un peligro y se ha salvado. No tiente demasiado la suerte. Vaya a su casa, y espéreme.

—De acuerdo. Allí estaré. No podía suponerme que este inglés…

—Hasta luego, doctor.

Bajó Sanders al comedor, y, sentándose junto a Dave Cohen, le entregó la llave.

—Winters está en la habitación 13. A Forbes lo acaba de apuñalar la chica Blending. Se ha ido ella.

—¡Si ella llegó hasta aquí, es que nos ha encontrado alguien más!

—Hay un agente. Aquel del perfil duro, vestido gris cruzado. Se llama Sullivan, y en el
F. B. I.
había un Jack Sullivan.

—Bien, bien, Kirk. Todo a las mil maravillas. Desembarazados de Winters y Forbes, ya sólo queda invitar a cenar a Sullivan, ya que esta noche la principal invitada es la muerte.

CAPÍTULO IX

UNA CAPTURA DIFÍCIL

—¿Señor Sullivan?

—¿Otro? —inquirió, estupefacto, el agente—. Ah, es usted, doctor. ¿Y cómo sabe mi nombre?

—Es lamentable, pero al final mi conciencia ha podido más que mis grandes deseos de llevar a la práctica mi falansterio.

—¡Cáspita! Si no se explica mejor…

—Empezaré por el final. Ahora acaban de subir arriba Dave Cohen, su novia y Kirk Sanders. Está preso el actor que me imitó. Y yo he decidido que mi deber es cumplir con mi obligación.

—Todo eso está muy bien, pero no entiendo una sola palabra, doctor.

—Estaba yo atado arriba, en el armario ropero, cuando el que se fingía yo, y que fue el que me ató, le dijo a Sanders que usted, llamado Sullivan, y lo describió, era un agente…, porque oyó que alguien hablaba de Dijon y de una señorita Blending.

Fue poco a poco entendiendo Sullivan. El doctor, terminó:

—Tratarán ahora de matarle, señor Sullivan. He tenido que avisarle, y es lástima, porque Sanders, el pobre, es un criminal por las circunstancias. Es fundamentalmente leal y casi me duele entregarlo.

—No lo entrega, doctor, por cuanto aquí estaba yo, habiendo encontrado su pista. Cuando termine con esto, ya pasaré a verlo por su aldea. Le comunicaré algo que le agradará. Váyase ahora.

Subió Sullivan, acercándose con cuidado por el pasillo que conducía a la habitación 13. Aplicó el oído y no percibió nada.

Miraba los dos extremos del corredor.

Había llegado ya el momento de actuar y se encaminó hacia el rellano, desde donde iría a las habitaciones de Dave Cohen.

* * *

—¡Pronto, Kirk! Yo bajaré con Meg por la escalera de servicio. Tú espera en la lancha. Cubriré la senda, y cuándo aparezca el agente, no te preocupes, que no le fallaré. Tal y como estoy, no le fallaré. ¡Pronto! ¿Lo tienes ya todo?

—Sí. Os podéis ir.

—Hay que ir deprisa, Kirk. Pronto invadirán este parador todas las hordas de policías.

—Escucha, Dave. Deberíamos dejar esto para más tarde. Dejar pasar tiempo. Ahora, nos pueden coger. Comprende que el agente habrá avisado ya a otros.

Crispó los puños Dave Cohen, golpeando las ruedas…

—¡Hay tiempo! No me discutas Kirk. Conozco a estos malditos agentes como tú. Cuando encuentran una pista, la quieren para ellos solos. ¡Deprisa! Bajá también por la escalera de servicio.

—¡Quietos todos!… ¡Disparo, al menor movimiento!

Jack Sullivan acababa de entrar en la habitación, pistola en mano, por la puerta contigua.

Los tres, sorprendidos, se quedaron como estaban. Dave Cohen, agarrado frenéticamente a la empuñadura de las ruedas, Kirk Sanders, recogiendo la careta y el soplete, y Meg Terry calándose los cabellos bajo un gorrito.

—Muertos o vivos, me dijeron que os cogiera. Por lo tanto, dispararé si no me obedecéis. Usted, Meg Terry hará lo que le diga, pero con mucho cuidado. Atará primero a Kirk Sanders. Coja las sábanas y vaya torciéndolas. Cuidado, cuidado. Tengo el índice muy nervioso. No os paséis de vivos… porque terminaréis muertos.

—Menos nervios, Sullivan —dijo Sanders.

Había enrojecido. Una íntima vergüenza, que empezó el día en que unos agentes le esposaron. Se veía libre de ella, desde que se fugó. Y ahora reaparecía su pasado.

—Ponte junto a Dave, tú, Kirk. Cruzad, los dos las manos tras la nuca. Así; y no las quitéis de esta postura. ¡Usted, Meg Terry! Haga

lo que le he dicho.

—Parece que hemos perdido, ¿no? —Gruñó Dave Cohen.

—Ridícula idea esta del carrito de ruedas, Dave.

Los ojos de Sullivan abarcaban continuamente a los tres, y su índice estaba doblado sobre el gatillo de la pistola, que iba haciendo girar lentamente en semiarco.

—Un gran éxito Sullivan. Te ascenderán… —dijo Sanders.

—Mal rodaste, Sanders. Tu primer delito tenía perdón, en lo que cabía, porque estabas enamorado. Pero enrolarte con esta pandilla, sí qué no lo tiene.

—¡Calla! Tú no eres juez, sino policía.

Meg Terry iba retorciendo una sábana. Sus ojos no se apartaban del agente, que, retrocediendo, se acercó a la mesita donde estaba el aparato telefónico interior.

La mesita estaba ya al alcance de la mano de Sullivan, cuando Kirk Sanders adelantó una pierna.

—¡Quieto, Sanders! No hay trucó posible. ¿Qué querías? ¿Empujar el carrito de ruedas de Dave o lanzarte en carrera suicida a la otra puerta?

Meg Terry mostró la tira de tela, diciendo:

—¿A quién ato?

—A Sanders. Y en forma adecuada. Comprobaré las ligaduras. Haga un lazo con las dos muñecas y el cuello. Páselo como le iré diciendo, Meg Terry y no sentiré la menor pena al atravesarle la piel, si pretende hacer algún truco.

—¡Deja en paz a mi chica, polizonte! ¡Meg! Ata concienzudamente a Kirk. Este tipo está muy nervioso y es capaz de disparar si oye zumbar un mosquito. Anda, polizonte, telefonea ya, para pedir refuerzos.

—Tú, Sanders, apártate ahora del carrito y colócate junto a la cama. Usted, Meg, vaya atándole bien. Y tú, Dave, levántate y acércate a mí. Ven aquí.

Rió estridentemente Dave Cohen, y lágrimas de furor se agolparon en sus ojos, aunque seguía riendo.

—¡Si pudiera levantarme! —dijo, al final, después de un tenso silencio en que sólo se oía su aguda carcajada—. ¿Crees que ibas a estar ahí sintiéndote gallito?

—¿Qué comedia es ésta?

—Tengo las piernas heridas…, ¡paralíticas!

Esto no se lo había explicado el doctor a Sullivan. Habló solamente de que le hizo la primera cura a Dave Cohen.

El plan que había pensado era que, al acercarse el pistolero, le hubiera ordenado volverse de espaldas, y entonces le hubiera dado un culatazo. Y ahora sentía una instintiva repugnancia a golpear al que estaba inválido.

Pero no era momento de escrúpulos.

Los ojos de Dave Cohen brillaron de pronto intensamente, y fingió mirar hacia otro lado.

Por la puerta misma por la que había entrado Sullivan acababa ahora de asomar un brazo armado.

Y a espaldas de Sullivan, que lentamente tanteando buscaba el teléfono, apareció pisando quedo un individuo que se le abalanzó, cogiéndole por detrás el brazo armado, y aplicándole en la muñeca una ruda torsión.

Entraron rápidamente cuatro individuos más… Vestían todos el uniforme de la policía suiza.

Apuntaron con sus pistolas a los otros tres, mientras el hércules, que había atacado por sorpresa a Sullivan, luchaba con éste. Por fin logró, derribarle, aplicándole encima su musculado cuerpo, que pesaba noventa kilos.

Se encontró Sullivan esposado y puesto en pie por el coloso.

—¡Vaya!… —sonrió, amoscado, pero divertido—. En el fondo, no puedo enfadarme. Habéis llegado a tiempo. Yo soy Jack Sullivan, agente federal norteamericano, con misión de capturar a éstos, que son, respectivamente, Dave Cohen, el del carrito, Kirk Sanders y Meg Terry. Comprobad mis documentos y quitadme las esposas.

De los cuatro, dos se colocaron a los lados de Cohen y Kirk Sanders. El tercero, tras Meg Terry, y el otro, de cuadrada mandíbula, ojos fríamente grises y envarado busto, avanzó hacia Sullivan.

—Gracias por su labor, agente yanqui —hablaba un inglés gutural, con desinencias alemanas—. Somos, en cierto modo, colegas, puesto que yo soy Hans Schmidt, del Servicio Secreto alemán. Nada le pasará, señor Sullivan…, pero necesito obtener unos documentos muy interesantes para mi servicio, y que están en el blindado que estos pistoleros asaltaron en Dijon.

Dave Cohen rió.

—¡Esto sí que es bueno!

—Puede serlo para usted —atajó, secamente, el alemán—. Cuando nos entregue los documentos que le pido, entonces estará libre de hacerse matar donde quiera.

—¡Oiga! —exclamó Sullivan—. Éstos son tres criminales que tienen que pagar sus vilezas.

—Éste es asunto totalmente ajeno a mi presencia. ¡Otto! Permanece aquí custodiando al señor agente. Amordázalo si intenta gritar…, y creo preferible que…

Pero ya el otro espía había comprendido, y alrededor de la boca de Jack Sullivan se cerró una tupida tela, que anudó a su nuca.

—Usted ha estado comprando, en la compañía del doctor Dugi, un soplete y una careta de oxígeno. Por lo tanto, el blindado está bajo el agua. Ahora vendrán con nosotros, y bucearán, hasta extraer lo que nos interesa. Es una cajita conteniendo documentos relativos a cierto plan defensivo de la costa sur francesa. Apenas esté la cajita en mi poder, nos iremos, ya que el resto no nos importa.

—¡Excelente! —exclamó Dave Cohen—. Son ustedes nuestros salvadores, amigos.

—Ni soy su salvador, ni mucho menos su amigo —dijo, altivamente, el alemán—. Diga que sus intereses han coincidido con los míos, favoreciéndole. Cada uno de ustedes tres irá acompañado de uno de mis hombres, y es inútil advertirles que sería suicida intentar juego sucio. Tenemos una canoa policial abajo en el lago.

—Yo no puedo andar.

* * *

En el vestíbulo del parador, otros dos espías alemanes, vistiendo el uniforme de la policía suiza, tranquilizaban a todos los huéspedes, rogándoles se abstuvieran de comentarios y no abandonaran las salas hasta que quedase terminado el «trámite» y ciertas detenciones que debían efectuarse en el pueblo.

Un alemán quedó junto al carrito donde se sentaba Dave Cohen, mientras los otros tres entraban con Kirk Sanders y Meg Terry en la canoa rapidísima en que habían venido.

Llevaron a remolque, porque de ello se encargó Sanders, la otra

canoa que los *gangsters* tenían destinada para la extracción del contenido del blindado.

Mientras la estela, surcando de blanco las aguas ya ennegrecidas por la noche, iba alejándose, acompañando el ruido del motor el desvanecimiento de las figuras, la mente de Dave Cohen trabajaba activa y furiosamente.

Era demasiado providencial la llegada de aquellos espías germanos, y desconfiaba de la suerte, adversa desde que se hundió el puente bajo las ruedas del blindado.

Maldijo sordamente sus piernas, completamente inmóviles desde el accidente. Tras él, impasible, Hans Schmidt, parecía un enamorado de la Naturaleza, expectante, en la noche.

¿Y si los alemanes, una vez obtenido lo que deseaban, suprimían testigos innecesarios?

Y súbitamente el nerviosismo de Dave Cohen transmitió a sus dormidas piernas un estremecimiento, que empezó siendo un hormigueo sanguíneo.

Apoyó los tacones contra el filo bajo del reborde del sillón, y se dio cuenta de que notaba la presión. Hasta entonces, parecía como si sus piernas fueran de algodón.

Ahora… ¡las notaba! Fue apoyando con salvaje alegría los tacones, preparado a ponerse en pie cuando tuviera la certeza de que no era una sensación engañosa.

—Es aquí —dijo, secamente, Sanders, cuando llegaban al sitio iluminado por un foco de la canoa policial, mostrando el resto del espigón asomando a ras de las quietas aguas.

Pararon los dos motores, y uno de los agentes alemanes dijo:

—Cumpla su parte.

Kirk Sanders fue desnudándose lentamente, hasta quedar solamente en corto pantalón impermeable, y se ajustó las aletas a los pies.

—¿Cómo es el cofrecito que ustedes quieren? —preguntó, mientras iba desenrollando y asegurándose de la solidez de las sogas que iban a ayudarle en su inmersión y salida.

—De metal forrado de cobre, con guardas y cantoneras de bronce. Tiene dos cadenitas alrededor, y un triple cerrojo. Lleva una placa grabada que dice: «E. M. 15éme. Div.».

Se colocó Sanders las abrazaderas que, sustentaban en sus

espaldas los cilindros de Oxigeno. Y al ponerse la careta, con el tubo, y las redondas mirillas, se transformó en un ser de pesadilla, cuando se dejó resbalar por el borde de la canoa, sujetándose con las manos.

Uno de los alemanes le tendió el soplete especial, pesado y largo. Los músculos del brazo derecho de Sanders resaltaron voluminosos. Otro espía le pasó alrededor del cuerpo el cinto con dos anillas, a través de las que iban las sogas recias y delgadas que enrollábanse en el pequeño torno de izamiento.

—Cuando quiera subir deprisa y ayudado, tire de la cuerda de la derecha —le instruyó pausadamente el mismo alemán.

Oyóse un gorgoteo, y Kirk Sanders desapareció hacia abajo, llevado a plomo por el peso de los artefactos que duplicaban su volumen.

Los tres alemanes parecían muy distantes de allí. No miraban siquiera a Meg Terry, sentada junto al torno, y no obstante ella se daba cuenta de que era vigilada con suma atención.

La noche era obscura, sin luna, y, completamente impenetrable, a cinco metros más allá de las dos canoas, iluminadas por el halo del foco, dirigido hacia el sitio en el que acababa de sumergirse Kirk Sanders.

Desde la orilla, Dave Cohen sólo divisaba el resplandor del foco, formando como un halo lunar, en donde se dibujaban como inmóviles, estatuas disminuidas por la lejanía, los tres alemanes y Meg Terry.

Hizo una flexión y comprobó con fervorosa alegría que sus piernas le obedecían. Sentía un lacerante dolor en las heridas, pero podía moverlas. Lo hizo disimuladamente, y, para ocultar su creciente nerviosismo, habló, afirmando, la voz:

—Si necesitan agentes eficaces y de acción en su servicio, puedo tratar las condiciones para enrolarme, porque ahora el clima de las demás naciones me sentará mal.

Hans Schmidt, aunque silabeó las palabras, casi no movió los labios, al decir entre dientes:

—En Alemania hay un ideal, pero no sitio para los asesinos.

—Muy escrupuloso es usted. Yo creía que la banda de ustedes empezó a organizarse en Munich, en una cervecería, bajo el mando de un tipillo con bigote llamado Hit…

La diestra del alemán se aplastó sobre la boca del *gángster*, y Hans Schmidt, pálido, fulgurantes los ojos, murmuró, roncamente:

—Si no fuera usted un criminal inválido, que bastante castigo tiene con verse así, le aplastaba como a un inmundo insecto. Guarde silencio y no vuelva a insultar a mi *Führer*. Lo que no pueda comprender su raquítico cerebro de asesino pistolero, absténgase de comentarlo.

Apartó la mano de la boca del *gángster*, que resopló unos instantes, y de pronto asió la muñeca que estaba por encima de su cabeza, y con todas sus fuerzas proyectó a Hans Schmidt por delante suyo.

El inesperado ataque, que hizo caer de espaldas a Schmidt, lo entonteció al chocar su cabeza contra el suelo. Con saña furiosa, los dos pies de Dave Cohen golpearon incansablemente el rostro del alemán.

Se apoyó Cohen en el sillón, y por un instante creyó que le volvía la inmovilidad a las piernas. Resoplaba, fatigosamente.

Hans Schmidt yacía muerto, desfigurado, convertido en pulpa sanguínea el semblante.

Y, frenético, Dave Cohen le quitó la pistola del cinto, acariciándola amorosamente, mientras repetía, como en letanía:

—¡Medicucho de pueblo! ¡Medicucho de pueblo!

Kirk Sanders, bajo el agua, nadó con un brazo, acercándose a la masa informe y cuadrada, hasta que tocó el acero del blindaje. Apoyando la culata del soplete sobre su cadera, empezó a dirigir la llama en la línea de unión de la puerta posterior con el chasis.

El fulgor fulmíneo le iluminó bajo el agua, dándole aspecto de cíclope herrero monstruoso.

Fue torciéndose parte del acero, y, mientras aplicaba la llama más arriba, Kirk Sanders, aspirando por la careta, trataba de hallar solución al problema que se planteaba con la presencia de los alemanes arriba.

Si entregaba el cofrecito, seguramente los suprimirían a los dos: a él y a Meg. Si subía primero los cofres, no era tampoco, solución, puesto que doblemente les tentaría.

Podía escapar, soltando de las anillas los dos bramantes, colocando el extremo, el peso del soplete, para que desde arriba no notaran la flojedad de las cuerdas, y alejarse de allí nadando entre

dos aguas.

¿Meg y Dave? No, no podía huir dejándoles en poder de los defraudados alemanes. Sería desleal…

Había ya en el blindado un boquete, suficiente para penetrar, y se dispuso a hacerlo. Todos los cofres estaban alineados a los dos lados, sujetos con abrazaderas a la cabina.

El peso del soplete, ya apagado, le hacía caminar como un buzo, con gestos lentos, pero seguros.

Fue palpando los contornos de los cofres, hasta hallar uno más pequeño, pero no tenía los tres cerrojos. Era un cofre de joyas. Siguió tanteando a obscuras, y, para, abreviar, volvió a encender el soplete dirigiéndolo contra el techo para iluminarse.

En un estante inferior estaba el cofrecito con la placa grabada, tan ambicionado por los alemanes que allá arriba esperaban.

* * *

En el cuarto del hotel, Jack Sullivan mostró, con las manos esposadas, su mordaza. El alemán denegó con la cabeza, casi amistosamente, como un maestro reprendiendo a un escolar que pretende alguna diablura.

Sullivan miró en rededor, hasta encontrar un lápiz atravesado sobre un bloc de papel. Lo mostró con las manos juntas, y el alemán asintió. Escribió Sullivan:

> *«Oí lo que le decía su jefe, colega. Le dijo que cuando, en la playa, él iluminará su linterna dos veces, usted me dejase, y, por lo tanto, yo le doy mi palabra de que…».*

El alemán primero leyó de reojo, después se inclinó a medida que en perfecto alemán escribía Sullivan. Los dos puños esposados con los que iba escribiendo dificultosamente el agente del
F. B. I.
se levantaron con toda, potencia, chocando contra la barbilla del germano.

Como atacado de epilepsia, repitió Sullivan varias veces su golpe doble contra las mandíbulas y el estómago del alemán, que fue

desplomándose privado de sentido.

Salió Sullivan corriendo por la escalera de servicio. Su entrada en la cocina suscitó primero temor y después estupefacción en los allí reunidos.

Aplicó Sullivan el bloc sobre la mesa, y escribió:

> *«Los cinco supuestos policías suizos, son espías alemanes, que quieren apoderarse documentos del blindado hundido en lago. Soy agente policial americano. Quítenme mordaza y traigan una lima, pronto, o traten quitarme esposas».*

Pasaron minutos mientras camareros, cocineros y doncellas iban leyendo y comentando. La sangre afluía al rostro del exasperado Sullivan, porque ahora comprendía lo que significa el carácter «plácido, de lenta agilidad cerebral», que se atribuía a los suizos.

El jefe de cocinas, dijo:

—Puede él ser espía alemán. Lo mejor es llamar al gerente.

* * *

Dave Cohen, en la orilla, sintió un sudor frío invadirle. Si los alemanes, cumpliendo, una vez en poder del cofre de los documentos, regresaban y vieran a su jefe muerto, todo estaba perdido.

Se maldijo por el ataque de furor que le hizo matar a Schmidt, en vez de aguardar los acontecimientos. Quiso excusarse él mismo, atribuyendo su insensatez a la euforia agresiva que le produjo el verse de nuevo en pleno dominio de su facultad de andar.

Cuando volvieran los tres alemanes, podía derribarlos a tiros, pero serían oídos en el parador y alertarían a los que allí habían quedado de guardia.

* * *

Kirk Sanders atrajo hacia su pecho por tres veces la cuerda de su

diestra. Tenía bajo el brazo el cofrecito marcado con la placa: «Estado Mayor. 15 División».

En el torno, un alemán maniobró, y poco después, a la luz del foco, emergía, chorreante, Kirk Sanders. Otro se abalanzó, arrodillado, cogió ansiosamente el cofre, lo miró y remiró, y, por fin, exclamó, complacido:

—¡*Jax*!

Meg Terry, ayudada por un alemán, llevó el torno a la otra canoa, el germano, galante, le tendió la mano para acompañar su paso a la canoa en remolque, quitando el cable de enlace.

Los tres agitaron la mano en despedida, alejándose. Encendió. Meg Terry el foco de la canoa.

Kirk Sanders, apoyado en el borde, y quitada, la careta, aspiró golosamente el aire verdadero. Dijo, con agrado:

—Son leales. Han cumplido.

—Aprisa, Kirk. Hay que sacarlo todo aprisa.

—Lo sé. Será cuestión de poco. Iré asiendo los cofres por sus argollas con los bramantes. Dame un manojo de ellos, y sujétalos bien al torno. ¡Hemos triunfado por fin, Meg!

* * *

En la cocina, el gerente, llamado por el jefe de la misma, fue mirando lo escrito con tanta sospecha como al desesperado amordazado.

Por fin, dijo, solemnemente:

—Habrá que telefonear a Ginebra, a la Comisaría Central. Ah, no…, porque si los policías son espías alemanes, como pretende este caballero, no me dejarían telefonear.

Exasperado, Jack Sullivan, tras ímprobos esfuerzos, había logrado, introducir sus dedos en el bolsillo donde guardaba los documentos que le acreditaban por la policía francesa como agente del contraespionaje.

Les mostró al gerente, que, tras ojearlos, los devolvió, diciendo:

—Nosotros, neutrales, señor Sullivan. No obstante, le quitaré la mordaza y esposas, precisamente porque somos neutrales.

* * *

Dave Cohen veía acercarse la canoa y las tres siluetas de los alemanes. Era preciso jugarse el todo por el todo.

Abrió fuego con sádica complacencia porque estaba furioso. Había apuntado con lenta puntería, y sus balazos perforaron el estómago de los que se disponían a saltar de la canoa.

Corrió Cohen hacia la canoa, cuando ya el cargador estaba vacío. Y empujando con el pie al único que quedaba derrumbado sobre la borda, viró la canoa.

A toda marcha llegó junto a la canoa ocupada por Meg Terry, y frenó bruscamente, deteniéndola.

Saltó, diciendo:

—¡No estoy paralítico! El medicucho… ¡Dame el fusil-ametrallador, Meg! Vendrán los otros, pero tenemos tiempo. Porque la canoa… Dame el ametrallador…

Meg Terry, alborozada, obedeció, mientras decía:

—¡Estás ya bien, Dave! Huiremos con esta canoa. ¡Hemos conseguida lo que querías!

—¿Y el buzo?

—Va atando los cofres a los bramantes.

Kirk Sanders oyó el trepidar de otra canoa sobré su cabeza. Le extrañó, y atrajo hacia su pecho la cuerda de señal.

Meg Terry maniobró el torno, mientras. Dave Cohen miraba hacia la obscura orilla, fusil en ristre.

Emergió Sanders, y, al ver a Dave Cohen, exclamó:

—¿Cómo… lograste…?

—¡Maldito, seas tú, y el medicucho! ¡Quisiste engañarme!

—¿Yo? ¿Podías, acaso, andar, Dave?

—¡Aprisa! —susurró Meg Terry—. Hay ruidos da motores en la orilla.

—Están ya todos los cofres enlazados fuertemente. No hay más que izarlos.

El fusil-ametrallador enfocó a Kirk Sanders, vomitando llamas y plomo. Dave Cohen iba diciendo:

—¡Imbécil! Eras muy listo, ¿no? Yo paralítico, ¿no? Eso es lo que me hiciste creer, canalla.

Cesó el crepitar del fusil y oyóse el zumbar, aproximándose, de

una canoa motora.

—¡Vienen, Dave!

Rotos el cráneo y pecho, Kirk Sanders fue resbalando dentro del agua. Sus manos se alzaron crispadas, y su cadáver fue a detenerse sobre el techo del camión blindado.

—¡El torno, Meg!

—No puedo, Dave. Pesa mucho. Algo debe interponerse.

Los cofres estaban sujetos, pero, al salir por el boquete, se pusieron en cuña dos de ellos, bloqueando el paso a los demás.

Salvajemente, Dave. Cohen apagó a balazos el foco. Corrió hacia el torno, apartando a Meg Terry.

La canoa iba acercándose. En ella iba Jack Sullivan que barrió con el foco la cubierta de la canoa donde desesperadamente Dave Cohen trataba en vano de izar los cofres.

Meg Terry apuntó su pistola hacia el foco que la deslumbraba. Jack Sullivan disparó hacia Dave Cohen, que, al blanquearle el foco, se retiró al suelo.

Un sollozo de furor arañó la garganta del *gángster*.

—¡Hay que escapar, Dave! —gritó ella, también tendida al fallar su tiro, Y empujó la palanca de marcha.

El tirón de la canoa, al arrancar, hizo saltar el torno de sus goznes, precipitándolo al lago.

Arrodillada iba conduciendo Meg Terry, y su boca, cerca del oído del *gángster*, trató de consolar la furia del hombre que amaba:

—Estamos con vida, Dave, y ya no estás imposibilitado para andar. Daremos otro golpe mejor, porque te sobra talento.

Él la abofeteó varias veces, gritando:

—¡Calla!

La canoa pilotada por Jack Sullivan era un fuera-bordo, que iba ganando velocidad a medida que la orilla opuesta se acercaba.

Los disparos de Cohen matando a los tres agentes alemanes habían hecho huir a los otros tres… Y el gerente telefoneaba a todas las comisarías suizas, excitado por vez primera en su vida.

—¡Dispara, Meg! —gritó Dave Cohen, cuando la canoa en que iban chocó contra el desembarcadero de la orilla opuesta al parador —. ¡Mátalo!

Él saltó a tierra, pretendiendo huir, mientras ella apuntaba hacia el fuera-bordo, que materialmente se precipitó contra la canoa,

empotrándose en ella.

Y al poner pie en tierra, Dave Cohen dobló las rodillas, y cayó cuan largo era. El golpe contra el suelo, inesperado, le dejó medio inconsciente, y, en su inconsciencia, pretendió huir. Pero sus piernas ya no le obedecían. El «*shock*» nervioso había pasado, y la parálisis definitivamente se adueñaba de las extremidades inferiores de Dave Cohen.

Cuando recuperó el sentido, estaba sólidamente maniatado con bramantes. Vio frente a sí a Jack Sullivan, y escupió espumarajos de rabia.

—Caíste para siempre, Dave Cohen, Irás ahora bien custodiado, en avión, a sentarte en la silla eléctrica.

—¿Y ella?

—Me iba a acribillar, más valiente que tú…, y el fuera-bordo la impidió matarme, chocando contra ella. No ha sido agradable, Dave, como no lo será el sentar un paralítico en la silla eléctrica.

* * *

Jessica Blending agradeció el corto mensaje de Jack Sullivan:

«Obligación me impide verla en Dijon. Tengo que acompañar a Dave Cohen y a Ronald Winters a los Estados Unidos. La muerte de Burt Forbes queda a mi cargo. ¿Nos veremos en San Francisco? Me agradaría tenerla por compañera de labor. Su atraidísimo.

Jack Sullivan».

También recibió el doctor Dugi, mientras estaba filosóficamente regando su jardín, lamentando la muerte de Kirk Sanders, un mensaje de Jack Sullivan:

«Por ser agente no tengo derecho a la recompensa ofrecida por el Estado francés y el banquero Epinal, por la recuperación del blindado con su contenido. Son cinco millones, y he declarado que, gracias a su ayuda, pude

triunfar en mi cometido. Y le felicito, porque supo usted vencer en lucha contra su conciencia.

»Jack Sullivan».

En viaje en barco, hacia América, el doctor Dugi iba esbozando ya los arreglos finales a su falansterio, con el cual la paz reinaría donde él iniciase su experimento. Murió feliz con sus cinco millones y sin presenciar su muy seguro fracaso y desengaño, porque, benévolos, los dioses, burlones, dispusieron que fuera torpedeada y hundida la nave en que iba. El doctor Dugi era uno de los cinco que sucumbieron.

Tres meses después, las notas sociales de un rotativo de San Francisco anunciaban la boda de Jessica Blending con un tal Jack Sullivan, de oficio desconocido, al que citaron como, «deportista bien conocido».

Demostrada la no participación material de Ronald Winters en los dos estrangulamientos del presidio y los crímenes de Dijon, el grupo escénico de los presidiarios perpetuos de

Sing-Sing

progresa mucho, bajo la dirección de Ronald Winters, director vitalicio.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.